

# La Esfera

7 Octubre 1916

Año III.—Núm. 145

ILUSTRACION MUNDIAL



AMERICAN-BAR, dibujo de Juan Vila





# EL RITMO



CRÓNICA DE MADRID

(Premiada en el concurso del Círculo de Bellas Artes)



NUESTRA villa es una gran flor arbitraria abierta en mitad del desierto. Pero tiene, á la manera de las viejas ciudades mediterráneas, su ritmo, que obedece á ocultas leyes de armonía.

Yo no sé qué sentido de belleza dictó las normas que dieron forma orgánica á la urbe, mas puedo aseguráros que el espíritu selecto que la ve por primera vez, y se adentra en su alma, queda prendido para siempre en sus redes invisibles.

«Toda la ciudad—nos dejó escrito un alto poeta—reflejaba el sol poniente: encima de ella, en el cielo terso, flotaba una sola nube roja.»

Los días en que esto ocurre, yo gusto deleitarme en la contemplación del paisaje ciudadano, y por poco que mis sentidos corporales agudicen su percepción, me es revelado el íntimo sentido de su ritmo.

El portal plateresco de un viejo palacio de enrejados ventanales me dice el señorial abolengo madrileño, y los jardines, que son como un oasis entre los hacinamientos de viviendas, me hablan de un genio de la villa—oculto en antros inexpugnables—que ama las bellas frivolidades y sale de noche á contemplar estos rincones, que son para la ciudad lo que las flores frescas en un búcaro de cristal para la vivienda del hombre selecto.

Las calles en cuesta son el nervio y la entraña del ritmo madrileño; ellas hacen suave la aspereza de unas líneas arquitectónicas que desentonarían en la llanura y nos ofrecen indiscutibles perspectivas que dejan suspenso el ánimo del espectador.

Una ciudad en el llano es la monotonía petrificada. Las fachadas de las casas son las paredes de un laberinto torturador, hasta tal punto, que en las ciudades modernas ó en la parte nueva de las ciudades viejas el forastero se siente náufrago ó evoca inconscientemente la odisea del pobre caminante que en los cuentos infantiles corre tras una luz misteriosa y lejana, perdido en la inmensidad del valle.

Madrid, por el contrario, os deja sorprender la fisonomía de cada calle. Esas callejuelas empinadas, con sus curvas llenas de gracia, desde la cúspide, os muestran los rojos tejados—con la chimenea que tiene la forma humana de un fiel centinela y la ventana de la boardilla llena de flores y los gatos que brincan sobre las tejas del campo labrado que no tocó punta de arado—y á medida que vais descendiendo, como os retienen con sus guijarros en punta, os obligan, quieras que no, á contemplar el viejo portal del remendón, donde un canario y un jilguero regalan al vecindario con sus trinos, y el balcón de recios barrotes que aprisionan unos tiestos de claveles y una albahaca.

No olvidéis que en las urbes modernas que han perdido el ritmo, ó—lo que es más triste todavía—no lo han tenido nunca, las mujeres andan á grandes pasos. Aquí no. La mujer menuda y bonita, que envuelve su cuerpo de muñeca con el mantón alfombrado, anda de puntillas—obediente al ritmo madrileño—y su presencia en la calle empinada ó en la plazuela rodeada de viejos palacios, no desentona nunca, antes es un acorde perfecto.

Pasan los grandes carros con la interminable reata de mulos todos emperifollados como para una fiesta; pasan los jumentos de panza blanca y mirar dulcísimo; pasan las chirriantes carretas arrastradas por bueyes enormes, en cuyos ojos se miran la cariátide del viejo portal y la moza del mantón alfombrado y el jilguero que canta á la puerta del remendón y los rojos claveles que se asoman entre los barrotes enormes...

El ritmo madrileño lo domina todo, y todo se mueve al compás de misteriosa danza.

Ahora son unos vendedores callejeros que pegan su mercancía con una melancólica tonada que os mantiene absortos mientras dura. Todos los productos de la huerta desfilan ante vuestros

ojos al conjuro de la voz dulzona, triste y recatada de la vendedora, y á poco os despierta otra canción inefable, pastosa é inmaculada como el mismo producto que pregona. Hace así:

«Ree...quesón de Mii...raflones...»

y os trae effluvios campestres á la soledad de vuestro retiro.

A poco aparece por el otro extremo de la calle el vendedor de naranjas con su carro de oro—«rescoldo de sol»—y éste ya no canta, pero es quizás el más obediente al ritmo. Se ciñe á cifras estrictas. El sabe que por el solo hecho de pronunciar el mágico nombre de su mercancía, habría en la vieja calle una exuberancia de encanto y de poesía evocadora, y por eso se limita á repetir con

Ramblas ni el de los apacibles alrededores de la catedral, pero ya en los muelles ha levantado palacios indignos y ha trazado un «ensanche» laberíntico y torturador—monótono como un cuartel, frío como una gran fábrica—y ha degradado con sus edificios de confitería la majestad de la montaña llamada del Tibidabo.

Ahora está en Madrid. Los malos arquitectos son sus fieles servidores. Hijos de la más espantosa de las anarquías, desconocedores de todos los ritmos, rebeldes á todas las leyes de armonía, colocan las columnas—que siempre fueron bases—como adorno en lo alto de los edificios, y luego encargan á unos confiteros á sus órdenes el profuso adorno que reparten á manos llenas en las fachadas horribles.



una monotonía llena de gracia: «dos, cuatro, seis, ocho...». Es un discípulo de Pitágoras. «Los números son los principios y la esencia de las cosas.»

Ahora pasan los pordioseros trágicos, sin piernas, sin brazos, ciegos, deformados, repugnantes, astrosos; pero en seguida la oculta ley del ritmo madrileño, para que la visión macabra no enturbie las perspectivas ciudadanas, hace que desfilen unos pobres de barbas patriarcales que, recostados en los muros de los viejos palacios, tañen la flauta y el caramillo. Las notas puras de los instrumentos primitivos nos traen perfumes campestres y, sin darnos cuenta, abrimos presurosos la ventana para que el tomillo y el espliego y el romero nos aroren con su fragancia.

No hay duda, Madrid—como las viejas ciudades mediterráneas—tiene su ritmo. Yo he querido referirme á él para lanzar voces de alarma. Estamos en momentos de gran peligro. El cosmopolitismo, ese monstruo de siete cabezas que ha creado ciudades imposibles, amenaza destruir el ritmo madrileño.

Acaba de llegar de Barcelona. No ha podido en la vieja ciudad condal—cuyo ritmo está ligado á las olas del mar y á los pinos sonoros de sus montes—no ha podido destruir el encanto de las

Pensad que si las nuevas tendencias prosperan Madrid ya no será Madrid. Roto el encanto de su ritmo, se mustiarán los parterres de sus parques magníficos; se secarán sus fuentes cantadoras; huirán los pájaros de sus frondas; irán cayendo uno tras otro los viejos palacios señoriales; la nube roja, que vió viajar el poeta por el cielo terso, ya no volverá; á las lindas muñecas del mantón alfombrado las matará una nostalgia inexplicable y sin causa conocida. Y no habrá pájaros enjaulados en los portales, ni claveles rojos en los balcones. Aquel día enmudecerán para siempre las voces de los vendedores callejeros y la flauta y el caramillo de los pobres de las barbas patriarcales.

Yo he cumplido con mi deber de cronista de la villa y corte. Pase lo que pase, puedo decir con Rubén Darío: «Mi protesta queda escrita sobre las alas de los cisnes, tan grandes como Júpiter.» Y quien dice cisnes dice los tornasolados gansos silvestres del Buen Retiro, que no dejarán de advertirnos la entrada de los bárbaros, como lo hicieron sus gloriosos antepasados del Capitolio.

SANTIAGO VINARDELL

DIBUJO DE PEDRERO



# ESCENAS DE LA GUERRA

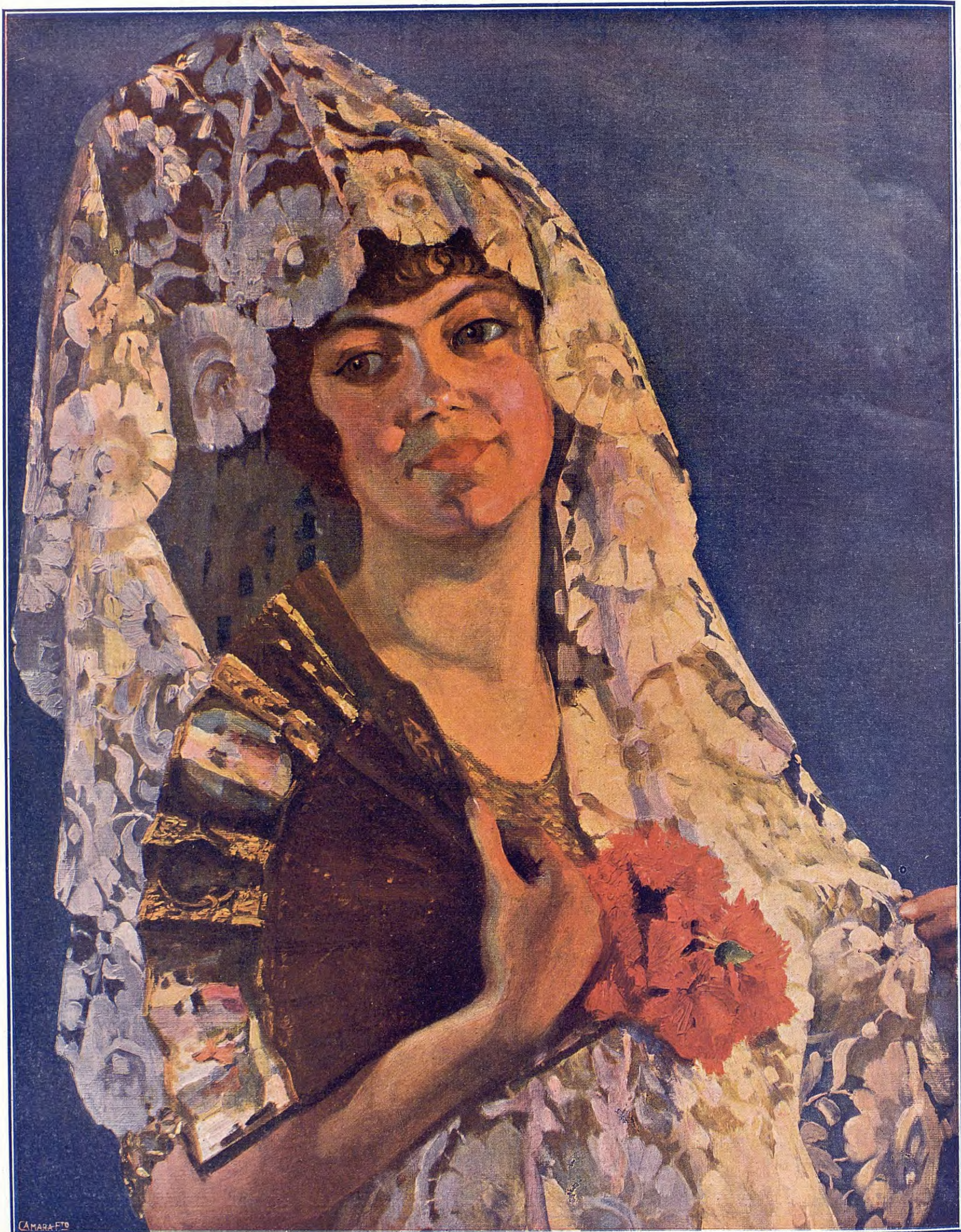


UN AUTOMÓVIL DEL EJÉRCITO FRANCÉS CONDUCIENDO A UN GRUPO DE SOLDADOS HACIA EL FRENTE DE LORENA  
DIBUJO DE LUCIEN JONÁS



LA ESFERA

# ARTE ESPAÑOL



¡A LOS TOROS!, cuadro de Emilio Ferrer



## MOMENTOS HISTÓRICOS

## LA ESCALINATA DE UN TRONO (1)

(7 de Octubre de 1841)

DEL DIARIO DE UNA CAMARISTA

**D**ESAPACIBLE y fría era la tarde; más que de comienzos de otoño, creyérse de mediados del invierno. Por esto Su Majestad y Alteza permanecían en sus habitaciones, muy contra su gusto.

El médico de cámara, D. Pedro Castelló, tenía mandado muy rigurosamente que no salieran de Palacio las augustas niñas, sino en las tardes francamente diáfanas, por lo que es falso cuanto se diga de si sospechábanse ó no los desagradables sucesos de aquel día.

Yo entré de guardia á cosa de las seis y media de la tarde, relevando á la condesa de Espoz y Mina, quien no podía abandonar mucho tiempo el servicio, por ser Aya de Su Majestad y Alteza.

Aún no habían sonado en reloj alguno los cuartos para las ocho, cuando escuchóse un estruendoso *viva* que pareció salir del patio central del mismo Alcázar.

En aquel precioso momento iba á comenzar la lección de canto Su Alteza doña María Luisa Fernanda, con su profesor D. Francisco Valldemosa; pero al escuchar el griterío todo quedó paralizado, que nadie acertaba á dar razón de aquella novedad.

Llegó á este tiempo muy alterada y confusa la condesa de Espoz y Mina, quien con la angustia más cruel pintada en el rostro, me pidió noticia de lo que ocurría, pero nada la pude responder.

No hizo más de verla la Reina, que estaba toda medrosica, como niña de poca edad, y nada acostumbrada á las rudezas y mudanzas del vivir, y se abrazó á ella preguntándola:

—Aya mía, ¿son facciosos?

Y la condesa, pretendiendo infundir una tranquilidad que antes había de menester para ella y para cuantos estábamos presentes, respondió:

—Señora, no hay facciosos ni puede haberles.

—Pues, ¿quiénes son?—continuaba Su Majestad—. ¿Qué me quieren? ¿Acaso ese alboroto es por nosotras?

Y entonces dijo doña Juana, la condesa, que al pasar hacia la regia cámara, había visto batirse la guardia de alabarderos contra alguna tropa sublevada, en la que veíanse no pocos paisanos.

Esta noticia contribuyó á dar más angustia al momento, y es curioso y un poco vergonzante que entre tanta persona mayor como nos hallábamos reunidas en aquella estancia, solo en la reina niña había presencia de ánimo.

Inmediatamente cerramos todas las puertas y ventanas con llaves y cerrojos, quedando así aislados por completo.

El pobre músico Valldemosa, era el más angustiado de todos; poco podía esperar Su Majestad de su hombría; aun fué mucho que no tuviésemos que olvidarnos de nosotras mismas para acudirle á él.

No podíamos explicarnos ninguno á qué planes obedecía aquella algaraz, pues no pensábamos que los partidarios de la desterrada regente, que no eran tantos, tuvieran osadía para pretender tan alto.

ooo

Su Alteza doña María Luisa Fernanda era, luego de Valldemosa, quien se mostraba más débil, y no se apartaba un paso de mí. Daba compasión su miedo y llenaban de ternura sus palabras.

Una de las veces me dijo:

—Inés, yo quiero rezar—y llorando me llevó hasta el reclinatorio de su hermana, donde se prosternó y rezó con devoción tan intensa y sincera, que no lo haría un ángel de los cielos.

Lágrimas salieron de mis ojos, que al espíritu atribulado fuéronle de mucho descanso.

Tanto puede la grandeza



D. DIEGO DE LEÓN

de un niño que llora en peligro de muerte...

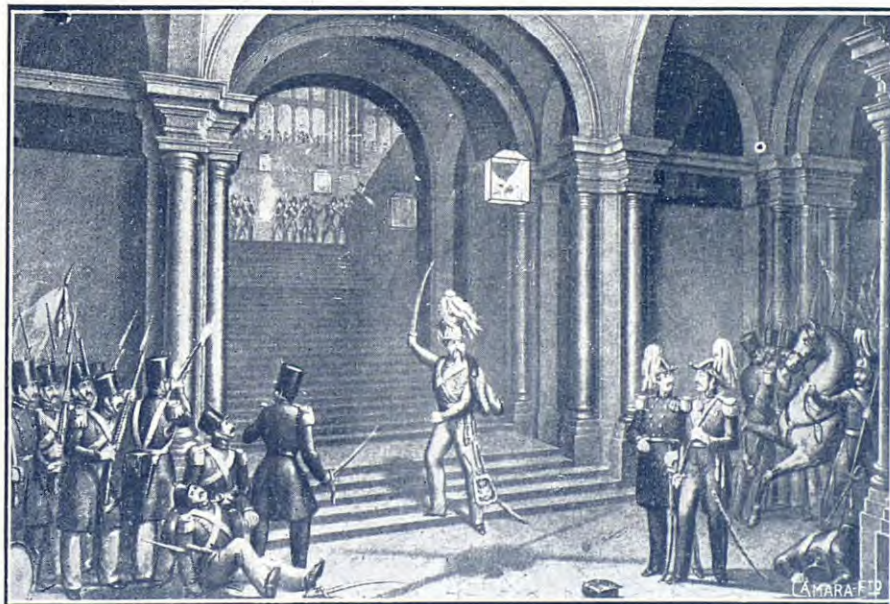
De allí á poco, una de las mozas de servicio que hallábase junto á la puerta del salón, dijo que hacia el piso entresuelo oíanse golpes como de tirar un tabique. Era que los sublevados habíanse hecho dueños de aquellos lugares.

No fué preciso mucho espacio para que viniéramos á conocer que la causa de aquel trabajo no podía ser otro que buscar la entrada de la escalera interior que conduce al piso principal.

Fué tal el recelo de la condesa y mío, que creyendo el peligro inminente, pensamos que era llegado el terrible trance de preparar á las infelices niñas.

A la Reina la dijimos que en el caso de que hallaran la escalera y llegasen hasta la puerta interior, se les rogaría que se abstuviesen de toda violencia, y una vez obtenida promesa de ella, ella misma habría de preguntarles cuáles eran sus pretensiones. Mas, por el entonces, no fué menester.

A cosa de las diez y media, y sin ser posible darles alimento alguno, pudimos convencer á Su Majestad y Alteza de que se acostasen vestidas, para estar prontas á cualquiera acontecimiento, y con objeto de no dividir la condesa y yo nuestras atenciones, se colocó una cama provisional para la Infanta en el mismo aposento de la Soberana.



Ataque al Palacio Real en la noche del 7 de Octubre de 1841  
(De una estampa de la época)

No había transcurrido mucho tiempo, cuando una bala perdida entró por el cristal de una ventana, viniendo á quedar incrustada en una de las maderas. ¡Quién puede adivinar lo que hubiese ocurrido de no tener la previsión de cerrar herméticamente puertas y balcones!

«A las seis y cuarto de la mañana del día 8 cesó enteramente el fuego, que á cortos intervalos no dejó de percibirse en toda aquella angustiosa noche, ni se notó más circunstancia que la de haber tomado los rebeldes toda la galería de cristales, por donde vímosles cruzar muchas veces.

El primero en llegar al real aposento fué el señor Intendente D. Martín de los Heros, quien aseguró á Su Majestad y Alteza, ya despiertas, que había cesado todo peligro. Poco después acudió el Duque de la Roca, anunciando la visita del Regente acompañado de los secretarios de Estado y Guerra, y recibidos que fueron por Su Majestad, Espartero dijo á la Reina que el objeto de los sediciosos era secuestrar á Su Majestad y Alteza, según delante de varias personas tenían manifestado, y que solo el valor de dieciocho alabarderos pudo contener este atentado.

Llamábanse estos leales de la Monarquía:

Felipe Piquero, José Díaz, Santiago Barrientos, Domingo Dulce (teniente), Tomás Zapata, Benito Fernández, Francisco Tourán, Juan Díaz, Vicente Missí, Fernando Mora, Manuel Fernández, Francisco Villar, Antonio Ramírez, Mariano López, Pablo Sanfrutos, José Alba, Eugenio Pérez, Saturnino Fernández, José Magdalena y Jaime Armiengol.

Su Majestad mostró deseos de conocerles y agradecerles la jornada, y desde luego aprobó el pensamiento, que el señor Regente abrigaba, de otorgarles la Cruz de San Fernando.

Tarde se borrarán de mi memoria las dolorosas horas de aquella noche del 7 de Octubre de 1841...

La causa verdadera de aquella conspiración (que tuvo por negro finis el fusilamiento de uno de los más hidalgos generales de nuestro ejército) fué el deseo equivocado que tuvieron de volver la tutoría de Isabel á María Cristina. Don Manuel de la Concha, D. Diego de León, don Juan de la Pezuela y el teniente coronel Nouvilas, fueron alma de aquella empresa política.

Merced al esfuerzo de la guardia que custodiaba la escalera, quedó fallido el alzamiento y el general León, considerado como figura principal, fué preso y pasado por las armas.

Para todo Madrid fué un dolor el mal acabamiento de tan bizarro general.

Bien puede decirse que en un rasgo de pundonor y un encono del Regente, estuvo su fin.

Hallado por sus mismos subalternos en las cercanías de la Puerta de Hierro, quiso proteger su libertad el oficial que les mandaba, pero tuvo el Sr. D. Diego por cobardía y se entregó. Espartero mantúvose enérgico, aunque la misma Reina le rogara; se disculpó con que el estado de irritación de los ánimos no permitía dispensar perdón, é hizo caer todo el peso de la Ley sobre quien poco antes, en favor de la causa de Isabel, había derrochado su valor y su sangre... Pero este capítulo queda por ahora en los puntos de la pluma, para traerse á cuento en su día, en memoria de aquella invicta y poderosa lanza, que fué en el mundo D. Diego de León, primer conde de Belascoín...

DIEGO SAN JOSÉ

(1) Pláceme rendir con este título mi tributo á la memoria del incomparable ingenio Don José Echegaray, ya que desta suerte denominó su último drama romántico. Sea su ánima donde han las de los justos, las de los sabios y las de los poetas.





Soldados ingleses auxiliando á sus compañeros heridos durante una batalla

DIBUJO DE MATANIA

## ECOS DE LA GUERRA

# LA BATALLA ETERNA

JUNTO al Somme, en Occidente, se desarrolla con pequeñas treguas de intermitencia una sangrienta y violentísima batalla, cuyo objetivo principal es expulsar del territorio francés á los tenaces invasores, y cuyo objetivo inmediato es la ocupación de Peronne, la vieja ciudad llamada por su infortunio á ser teatro de bélicas proezas y épicas hazañas.

El Somme forma sobre la ruta de París una extensa curva bombada hacia el Norte, entre Bray y Ham. Peronne es el vértice, el punto nodal de esa curva. Al invasor le es fácil oprimir la curva por sus dos ramas y apretar al defensor, cuya retirada se ve seriamente amenazada, porque el atacante le bate desde todos los lados, de frente y de flanco, y haciendo insostenible su situación se ve obligado á rebasar el río. Muy cerca de Peronne pasaron el río, en 1815, los soldados de Blucher, vencedores en Waterlloo.

En 1870, los alemanes atacaron Peronne, tomando como base de operaciones la zona inmediata á París, mientras que el ejército defensor se apoyaba en Lille y Cambrai. Hoy la batalla es la misma, con los peones cambiados. Los defensores de Peronne, que se apoyan en Lille y Cambrai, son los alemanes, mandados por el príncipe de Baviera, mientras son los asaltantes los ejércitos franco-ingleses.

Cuando los aliados logren la reconquista de Peronne, intentarán adueñarse de Ham, treinta kilómetros aguas arriba, y desde allí proseguirán su avance sobre Laon-La Fère.

La labor es lenta, muy lenta; precisa mucho tiempo, mucha firmeza y un derroche colosal de vidas y municiones. Luego, el invierno, con sus

rigores, abrirá un paréntesis á estas luchas gigantescas por la liberación del suelo francés. Ofensivas de esta naturaleza exigen una calma inmovible; nada de precipitaciones; nada de impulsiones irreflexivas; una presión constante, un avance metódico, una moral elevadísima y una fe inquebrantable; lo contrario sería exponerse á una derrota cruentísima que hiciera perder en días las ventajas conseguidas en meses de persistente pelea.

Esta gran batalla es una sucesión de combates que no admiten más tregua que la indispensable para consolidar las posiciones reconquistadas y para hacer avanzar los cañones de grueso calibre, buscándoles nuevos y convenientes emplazamientos.

Se inicia cada nuevo ataque con un prolongado y tenaz bombardeo que siembra de granadas el terreno situado entre el objetivo á batir y las propias posiciones; no queda un palmo de tierra sin remover, sin que los proyectiles artilleros hayan horadado su superficie; sobre el campo de batalla no se vislumbra un hálito de vida; los atrincheramientos de primera línea son deshechos en su totalidad en montón informe de ruinas; hombres y máquinas se cubren en las profundidades del subsuelo de aquella lluvia violenta de hierro; los soldados á quienes cogió la tempestad al descubierto se arrastran como reptiles para no ser vistos por los tiradores enemigos, y el desgraciado que es herido en esta penosa marcha hacia más seguros puestos de refugio, no tiene posible salvación.

La piedad de los hombres le abandona a su destino trágico. Ni propios ni extraños tratan de

salvar aquella vida arrancando la víctima de las garras siniestras de una muerte ciertísima en aquella soledad inaudita batida sin descanso por la metralla aleve.

Después, cuando la artillería ha batido convenientemente todo el terreno á vanguardia, sale la infantería de sus escondites y avanza briosa y pujante, á pecho descubierto, en oleadas de guerrillas, que se precipitan hacia los atrincheramientos enemigos en decisión bizarra, caiga el que caiga.

Entonces, en estos asaltos de infantes, en esta progresión en oleadas, surge de improviso una línea de ametralladoras enemigas que cubre de proyectiles las oleadas avanzantes; otras oleadas siguen á las primeras, y cada vez es mayor el fuego de las ametralladoras; á veces, tiene que intervenir de nuevo y con vertiginosa rapidez de fuego, la artillería de campaña para aniquilar aquel inesperado refuerzo de la defensa, aquella resistencia enérgica y firme que maravilla por lo gigantesca y por lo decisiva; y esta dura forma de combatir de unos y de otros explica la lentitud del avance y el triunfo últimamente logrado por las huestes inglesas, que emplearon últimamente contra esa aparición de las ametralladoras germanas, unos automóviles acorazados de sólido blindaje que, á gran velocidad é inmunes ante el graneado fuego de los alemanes, lograron llegar rápidamente á las líneas asaltadas y conseguir en lucha titánica, cuerpo á cuerpo, la posesión de las trincheras enemigas.

¡Guerra de presión y de independencia!

CAPITÁN FONTIBRE



# LA AMADA VUELVE...



Cogida de las manos de mi Musa, ella viene.  
La digo que se acerca. Mi corazón se agita  
sediento de venganzas... Mi Musa á entrar la invita,  
y ella, la pecadora, dudando, se detiene.

—¡Bien haces! Tu conciencia, con gritos inhumanos,  
por todas tus traiciones, te anuncia mi castigo.  
Todo cuanto te amaba, mujer, hoy te maldigo.  
¡No pases, que la muerte te espera entre mis manos!

La puerta de mi cuarto cedió. Sobre mi lecho,  
radiante de hermosura y galopante el pecho  
de amorosos martirios, la vi que me esperaba.

Temblé... Salió mi Musa. La noche larga y fría.  
Extendiendo los brazos — ¡perdóname! — decía...  
Y luego, entre los míos, besándome, lloraba...

FÉLIX CUQUERELLA

DIBUJO DE CEREZO VALLEJO



BELLAS ARTES  
**LA PRIMERA EXPOSICIÓN DE OVIEDO**



"Quintana", cuadro de Telesforo Cuevas



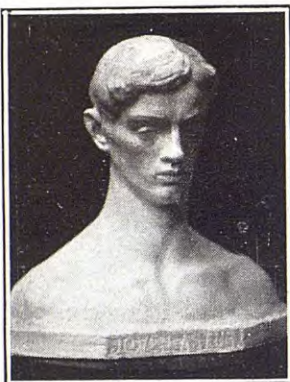
"La cuesta", cuadro de E. Tamayo

**M**ENOS Beocia y más Atenas—decía «Clarín», pocos años antes de su muerte, en una conferencia que explicara en Gijón.

«Por la Asturias tenebrosa», titula el Sr. Roso de Luna su último libro sobre la región asturiana.

De las dos cosas hay abundancia en esta tierra minera y pastoril: tosca y obstinada cerrazón para los asuntos del espíritu y una perenne negrura que envuelve Asturias toda, desde los ríos prometedores de riqueza piscitoria que impide desarrollarse el negro mineral, hasta el alma excesivamente materializada de estos hombres rudos, tan necesitados de un poco de la gracia, la alegría y la ligereza que poseen los habitantes de pueblos cuyas costas bañan los mares meridionales.

Pero no todo es aquí negrura. Existen también algunos hombres llenos de espíritu, encendidos por el ansia de una vida más desinteresada, más culta, más pura, que quieren llevar a los cerebros dormidos o materializados la claridad radiante de la luz divina. Uno de los hombres



"Joven Astur", escultura de Victor Hevia

que entregaron su corazón a esta labor, fué aquel inmenso «Clarín», cuya sutil inteligencia conoció mejor que otro alguno el grave pecado en que Asturias vive sumida. La obra de Leopoldo Alas no se ha perdido con él; continúa hoy estos otros hombres que se llaman Sela, Arias de Velasco, Traviesas, Teodomiro Menéndez, Adellac y algunos otros en quienes la moderna vida europea halla un eco resonante.

No otra cosa sino el atar un hilo al hilo conductor de la obra de los hombres mencionados, ha sido el propósito que nos ha movido a los jóvenes organizadores de esta Exposición. El intento no ha podido resultar más satisfactorio. Los artistas regionales han acudido a nuestro llamamiento diligentes y amables; el público llena nuestro salón todas las noches. Venimos celebrando conciertos y conferencias que son escuchados con interés grande por los visitantes de la Exposición... ¿Qué más deseamos? Tras esta fiesta han de venir otras de la propia índole cultural, y nuestra región, cuando haya logrado po-



"Mihri", cuadro de José Ramón Zaragoza





"Paisaje de Oviedo", por Arboleja



"Arco de Tito", por Manuel Medina

ner un poco de espiritualidad en este ambiente de ambicioso interés por las cosas materiales, podrá ofrecerse á la patria como esperanza de un porvenir hermoso y heroico.



"Mis L.", cuadro de Ricardo Montes

El éxito de nuestra Exposición es asombroso. Zaragoza, este gran pintor, viajero infatigable por todas las ciudades y por todos los museos de Europa, nos ha prestado su concurso desde el instante en que fué por nosotros invitado, y aquí tiene, en su pequeña patria y en

este salón de la Exposición sus cuatro lienzos maravillosos, uno de ellos, «Tipos bretones», ya conocido y juzgado en Madrid; los otros tres, «Mihri», «Retrato de la señorita Adela Carbone» y «Retrato de la señora C. G. de F.», conocidos hoy solo por el público de Asturias y mañana por quienes visiten la Exposición de Bellas Artes que en la próxima primavera se celebrará en la Corte.

Figuran también en el salón los grandes pintores gijoneses Evaristo Valle, Nicanor Piñole y Manuel Medina. Valle presenta el magnífico retrato de su madre y cuatro lienzos que titula crepúsculos, obra de rara originalidad. El mismo sello personal se observa en las obras de Piñole, dos soberbios retratos y un asunto de romería asturiana cuya ejecución despierta fuertes discusiones entre los visitantes. Medina es el fuerte colorista de siempre, sobre todo en sus notas de Roma y en un hermoso paisaje del Pajares.

Dos retratos presenta Uría, el gran amigo de Sorolla y Cubells, el gran perezoso, que son un asombro de interpretación del carácter.

Augusto Junquera, otro holgazán, trae un retrato magistral, lleno de espíritu.

De Regoyos hemos traído tres obras (un paisaje, una playa y un pastel de costumbres asturianas) que causan intensa emoción... y ya tienen compradores.

Aquí también Cuevas, el típico paisajista regional; Martínez (D. Emilio); Arboleja, artista de corazón; Martínez Abades, con sus marinas; Montes, joven ovetense, muerto á los 21 años, que, según opiniones autorizadas, hubiera sido un coloso; Fresno, raro, extravagante; Tamayo ingenuo enamorado del paisaje, etc., etc.

Caricaturistas como Truán y Cañedo Longo-

ria, y fotógrafos como Duarte, que es un artista antes que otra cosa.

En la sección de escultura sobresale por encima de todos Víctor Hevia, un gigante de pe-



"Retrato de D. M. de P.", pintado por Piñole

queña estatura, que presenta dos cabezas monumentales y una figura que coronará el mausoleo del cabo Noval.

Hav en el salón ciento sesenta obras

José A. CEPEDA



"Crepúsculo", cuadro de Evaristo Valle



"Rito pagano", cuadro de Marcelo Fresno



## CUENTOS ESPAÑOLES

## LA MUERTE EN LOS TOROS



SIN saber por qué, al vestirse aquel día el traje de luces, Rafael Granés, *Granáito*, sintió un malestar indefinible que persona más ducha en tales cosas hubiese calificado de presentimiento. Sin razón ni causa, en el momento en que se contemplaba en el espejo de la fonda envuelto en seda púrpura y en oro, realizadas sus ilusiones de llegar a donde llegan los buenos, cuando le faltaba una hora para en la Plaza de Madrid tomar la alternativa de manos del mismísimo Joselito, aquellas imágenes que nada tenían que ver con el triunfo ni con el quedar bien, no con la estampa de los bichos ni con la dirección del viento, ensombrecían su imaginación. Eran cosas confusas é incoherentes, una cadena de figuras escalofriantes que en realidad nunca hasta entonces le habían escalofriado. Era el cuerpo inerte, roto, desarticulado como el de un muñeco, amarillento con palideces de cera, rasgado el vientre por una cornada, del pobre *Finito*; era el cadáver lívido, violáceo, de aquel ahogado á quien los peces devoraran ojos y nariz, con que nadando un día en un remanso del río en las cercanías de Segovia, se tropezara con él; era la agonía del pobre *Lañita* en las salas hostiles y glaciales del hospital... Y todas aquellas representaciones que siempre mirara, en su filosofía muy semejante á un estoicismo bárbaro, como peripecia de la vida sin otra transcendencia que la de simples acontecimientos necesarios, adquirían ahora una importancia insólita. Como una de esas teorías de fantasmas que se esfuman vagamente en el claro oscuro de las aguafuertes de Boecklin, veíalos pasar raramente enlazados y confundidos, sin poder llegar á separar unas de otras ni tampoco á destacarlas claramente. Y de la masa confusa y escalofriante percibía el sarcasmo atroz del rostro del ahogado, la sonrisa crispada de agonía que mostraba los dientes caballunos, amarillos y grandes, del misero *Finito*, y el temblor

azul de llama de alcohol de las pupilas de *Lañita* moribundo.

*Paliza*, el mozo de estoques, después de liarle la faja, poníale el chaleco, todo cubierto de áureas flores y alamares de oro; en el espejo reflejábale la apostura bárbara, la elegancia de animal joven y fuerte del lidiador, envuelto en la gloria de aquel traje que era como un rayo de sol. Alto, enjuto y moreno, tenía en los ojos verdes la tristeza grave y meditativa de la raza árabe, á que debieron pertenecer sus lejanos y misteriosos ascendientes, tristeza agravada ahora por un sello de resignada melancolía fatalista. El cuarto llenábase de gentes: toreros que no toreaban aquel día, *buenos aficionados*, periodistas amigos, admiradores incondicionales y algún oscuro pariente deslumbrado por la gloria del fenómeno, iban y venían entre frases entusiastas, decires encomiásticos é hiperbólicos vaticinios. Y, sin embargo, Rafael estaba triste. En su mañana de gloria un pájaro agorero cantaba su canción siniestra. Y mientras los demás se prometían una tarde triunfal, él veía el cuerpo cerúleo del infeliz *Finito*, desgarrado por una cornada.

¡Qué diferencia de la tarde de la primera novillada que toreara en Tetuán! Entonces no tenía el cortejo de admiradores, ni el traje de Retana, ni el capote de seis mil reales, ni el *auto* del conde de Ponzano para ir á la Plaza... Entonces era invierno, el cielo estaba gris y hacía mucho frío, y él, tiritando, calado hasta los huesos por la fina llovizna que caía implacable desde media tarde, había vuelto en la desvencijada calea tapándose con el capotillo alquilado en la casa de préstamos; pero entonces estaba contento y la alegría gorjeaba en su alma como el agua en el surtidor de una fontana; entonces el recuerdo de los aplausos le reconfortaban y los brazos de Remedios esperábanle como un reflujo donde hallaría calor, y en los ojos dorados de la amada brillaba

la esperanza inextinguible. ¿Por qué la habría abandonado? ¿Por qué había sido cobarde y en vez de en el triunfo proseguir siendo él, convirtiéndose en el juguete de aquellas gentes que le traían la gloria y le robaban la fe ciega, la divina inconsciencia para conseguirla?

En vez de pensar en su labor de aquella tarde, en vez de embriagarse por anticipado con la idea de los lances á ejecutar, iba, sin querer, rememorando su vida pasada. Novillero oscuro que rodaba por las plazas pueblerinas y de tarde en tarde hacía una aparición por la de Tetuán de las Victorias, vivía dichoso en su amor por Remedios, cuando aquel mismo amor le hizo héroe. De la noche á la mañana, una faena de muleta, una estocada... y como por ensalmo surgieron admiradores, devotos, partidarios vehementes. Y fueron á pasos agigantados las etapas de la vida de fenómeno. Por fin, en las últimas novilladas, quedó consagrado como el primero para tomar la alternativa en la Plaza madrileña. El curso de su vida desvióse. Con esa manía castiza de españolismo convencional que acometiera á los artistas, hiciéronse éstos amigos del héroe, y Rafael Granés, *Granáito*, comenzó á alternar. Pronto, entre los aristócratas enfermos de literatura y de cosmopolitismo, y los artistas tocados de mafeza bárbara, las ideas, y sobre todo las sensaciones del muchacho, comenzaron á transformarse. Aquellas gentes hablaban de la Tristeza y de la Muerte (así con mayúsculas); se apasionaban morbosamente por los toros, pero no á la manera de los viejos aficionados, en la pasión de las suertes clásicas, sino como un espectáculo de suprema decadencia, algo así como una evocación del *Colosseum* romano. Multitud de símbolos oscuros que para él tenían un valor misterioso y escalofriante, poblaron su imaginación; leyó cosas arbitrarias y extrañas que deprimían su ánimo; fué, en una palabra, ese extraño tipo del torero intelectual. Y coronando



la obra, un día hallóse en brazos de Nena Mérida, la muñequilla elegante, viciosa y llena de curiosidades perversas, y la pobre Remedios fué al olvido con la vida pasada. Claro que aquellas gentes eran un reclamo, que hacían de él, el torero de moda, el ídolo de leyenda, pero al mismo tiempo que le abrían los caminos del triunfo, robábanle la inconsciencia fuerte y brava que le hacía el héroe.

Por eso Rafael, en vez de sonreír á su imagen que toda cubierta de oro, como un icono, le devolvía el espejo, estaba triste, y en las pupilas de esmeralda dormía la inquietud como esos fantasmas maléficos que se ocultan en el fondo de los estanques cubiertos de líquenes.

Mientras en el relampaguear de los bordados heridos por el sol, á los acordes de un pasodoble, desfilaban las cuadrillas bajo el dosel añil del cielo, en vez de la alegría nerviosa, hecha de inquietud y de esperanza, de quien, tras de la lucha, está próximo á llegar, Rafael sintió otra vez el sobresalto de un presentimiento. El público recibía el desfile con aplausos; las hembras de trapo, airoosamente envueltas en los filipinos mantones ó velados los rostros por el Almagro de las mantillas, saludaban sonrisas á los diestros, y las cosas prometían una tarde triunfal. Pero en el paisaje interior del héroe todo era gris, nublado de sombras, uno de esos panoramas espirituales plenos de horrenda desolación que algunas veces, en días de sol, de alegría, de triunfo, vemos dentro de nosotros mismos, en rara contraposición con las cosas externas, y que son como esas misteriosas alucinaciones que en las horas de bienestar anuncian las grandes catástrofes.

Apenas había rendido pleitesía á la presidencia, buscó con los ojos á sus amigos. En una barrera estaban Jimmy Roldán y Popó Anglada, y el torero acercóse á estrecharles la mano.

—¿Nena Mérida? — formuló á modo de interrogación.

Popó señalóle un palco.

—Ahí está.

Una descarga eléctrica sacudió los nervios de Rafael. Allí estaba, efectivamente, Nena Mérida, frívola y alocada, con, en el aire decadente, la postura voluptuosa y la elegancia arbitraria de la mantilla, un no sé qué de maja de Federico Beltrán; allí estaba ella sonriéndole con la más alentadora de sus sonrisas, pero el chiquillo no la vió. Sus pupilas, fascinadas, fijábanse en la dama que la acompañaba, y todos los temores anteriores cristalizábanse en un estremecimiento de miedo. ¡La Muerte! Porque no cabía duda de que aquella dama que se exhibía en el palco era la mismísima Muerte en persona. Alta, amarilla, descarnada, destapados por una crispación de los labios los dientes grandes y marfileños, las pupilas como dos llamitas perdidas en los negros cuencos de los ojos, era la Muerte que en el burlesco sarcasmo de unos claveles rojos velados por las blancas blondas de la mantilla, las manos esqueléticas, manchadas de fabulosas preseas, hincadas en el barandal, le devoraba con los ojos. Inquieto, turbadísimo, interrogó:

—¿Quién es la señora esa que está á su vera?

Jimmy afirmó muy serio:

—La Muerte.

Y como en los ojos del muchacho viese reflejarse angustioso anhelo y adivinase en él un escalofrío, aclaró:

—No vayas á creértelo, ¿eh?... Es una inglesa amiga nuestra de París que está pasando unos días aquí—. Y volviéndose á Popó, encantado de poder decir cosas sensacionales, comentó:

—La verdad que es para inquietar á cualquiera. ¡La Locura y la Muerte en los toros!

Pero ya Rafael no les oía. Había sonado el toque de clarín, y en los segundos que mediaban hasta la aparición del toro, sentía esa angustia de los toreros, que se cristaliza en una secreta pregunta: «¿Será bravo ó un manso?»

Habían abierto la puerta del toril, y en la penumbra que contrastaba violentamente con el deslumbrar del sol, había parado el bruto. Era éste negro, listón, de tipo bonito y bien aviado de defensas. De un bote plantóse en el ruedo, y tras de otear á un lado y otro, arrancóse en rápida

mezclaba la sangre, la brutalidad, la lujuria y la muerte, vista al través de las palabras de sus nuevos amigos.

Había momentos de clarividencia en que tornaba á su ser real, y entonces era bravo, sabía su oficio y el público por un momento volvía á ver en él el favorito. Pero los ojos de la dama del palco, como los de un hipnotizador, le atraían, le fascinaban y, al alzar la mirada hacia ella, sentía frío y pensaba fatal, casi resignado: «¡Voy á morir!»

Al fin, sin saber casi cómo, hallóse ante el toro con los trastos de matar en la mano. «¡Ahora!», pensó.

Dió un pase magnífico, otro de primera, otro y otro. El pueblo rompió en un aplauso fervoroso, entusiasta. Otro pase de pecho, maravilloso éste, y el público, electrizado, se puso en pie. Ahora. El toro había cuadrado y *Granito* se perfilaba para matar. Otra vez la idea siniestra aleteó: «¡Voy á morir!» Sus ojos volviéronse hacia el



embestida contra un peón, á quien costó no pocas fatigas ponerse en salvo. Rafael tuvo un momento de alegría y un rayo de esperanza iluminó su corazón. Bravo. ¡Era bravo y podría lucirse luchando cara á cara, como hacen los hombres! Su presentimiento era engañoso espejismo, y pronto volvióse el desaliento. El toro, apenas sintiera el hierro de los piqueros, tornóse en mansurrón y cobarde, pero, eso sí, más sabio que Merlín y mal intencionado como él solo. Sin embargo, precisábase hacer algo, lucirse, porque el público comenzaba á llamarse á engaño y se impacientaba. *Granito* fuese al bicho é inició dos lances en que el toro quedóse cerniendo y obligóle á moverse más de la cuenta, con lo cual la impaciencia del público creció. Sonaron algunos silbidos y el pobre diestro, aturdido, acobardado, luchando entre su miedo y su deseo, no hizo sino aturdirse más y más.

Desde aquel momento toda la lidia fué para Rafael como una extraña pesadilla en que vivía dos vidas: una, la vida de sonámbulo, penosa é inquieta, en que realizaba suertes absurdas que las gentes, desconcertadas, no sabían si aplaudir ó silbar, y otra, una vida de espejismo en que los toros no eran lo que para él fueron siempre, sino una cosa convencional y malsana, en que se

palco. La Muerte le contemplaba impávida, fijas en él las pupilas de fuego fatuo. Pero al huir su mirada de la mirada siniestra, sus pupilas tropezaron con otras pupilas de topacio, y fué como si el sol, rasgando los negros cendales, inundase su alma. ¡Allí, muy cerca, en una delantera, estaba Remedios! Y Remedios, sin rencor, vuelta entera á él, en una entrega de vida, una abnegada entrega sin rencores, sin reproches, sin interés, le miraba anhelante, agonizando con él y con él sintiéndose revivir. Entonces se operó el milagro y quiso vivir, vivir para ella, olvidado de las horas de locura. Los labios de Rafael temblaron en una invocación suprema:

—¡Virgen bendita de la Paloma, sálvame!

Pero ya era tarde. El toro había arrancado, y empitonándole por el pecho, le arrojó al suelo, y allí permanecía inerte, roto, desarticulado, como un pobre pelele de oro y seda, el rostro lívido y una espuma sanguinolenta entre los labios.

Y así cuando Remedios, desatentada, enloquecida de pena, corrió hacia la enfermería á donde llevaban al amado, tan sólo pudo abrazar su cadáver y embalsamar sus heridas con llanto, como una plebeya «Piedad» de maravilla.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

DIBUJOS DE ZAMORA



## MONUMENTOS ESPAÑOLES

## LA CARTUJA JEREZANA

**A** LREDEDOR de este vasto edificio se extienden algunos hermosos cortijos; á un lado están los cuarteles y las cuadras de la Remonta militar. Sin duda, todas estas tierras, hasta la lejanía, eran propiedad del Convento, y trabajándolas, haciéndolas producir, creando la riqueza material que puede arrancarse á estos fecundos campos, los cartujos conquistaban el divino tesoro de su paz espiritual. Los expulsó violentamente una Revolución y fueron desamortizadas sus propiedades; manos profanas se apoderaron de las planicies donde el trigo crece, y quedó así el Convento sin posibilidades de volver á ver los monjes rezando en su coro, cultivando su huerta, apacentando los ganados, trazando en la tierra los surcos del arado.

Pocos edificios abandonados os darán una idea tan completa de renunciación, de muerte, de desolación definitiva é incurable como esta Cartuja jerezana. Abandonada, como casi todos los monumentos españoles, el tiempo y el agravio humano van carcomiendo sus piedras, desencajando sus sillares, grieteando sus muros, pero aunque se conservara cuidadosamente, su aislamiento en me-



La Cartuja de Jerez de la Frontera

dio de propiedades que ya no le pertenecen y que no volverán al régimen de comunismo que las vivificaba, hace imposible toda esperanza de resurrección.

Acaso, en pocas Cartujas como en esta quedó reflejada la paciente labor de varios siglos; la tenaz prosecución del trabajo acumulado día por día. Se ve, por trozos, cómo el esfuerzo de los

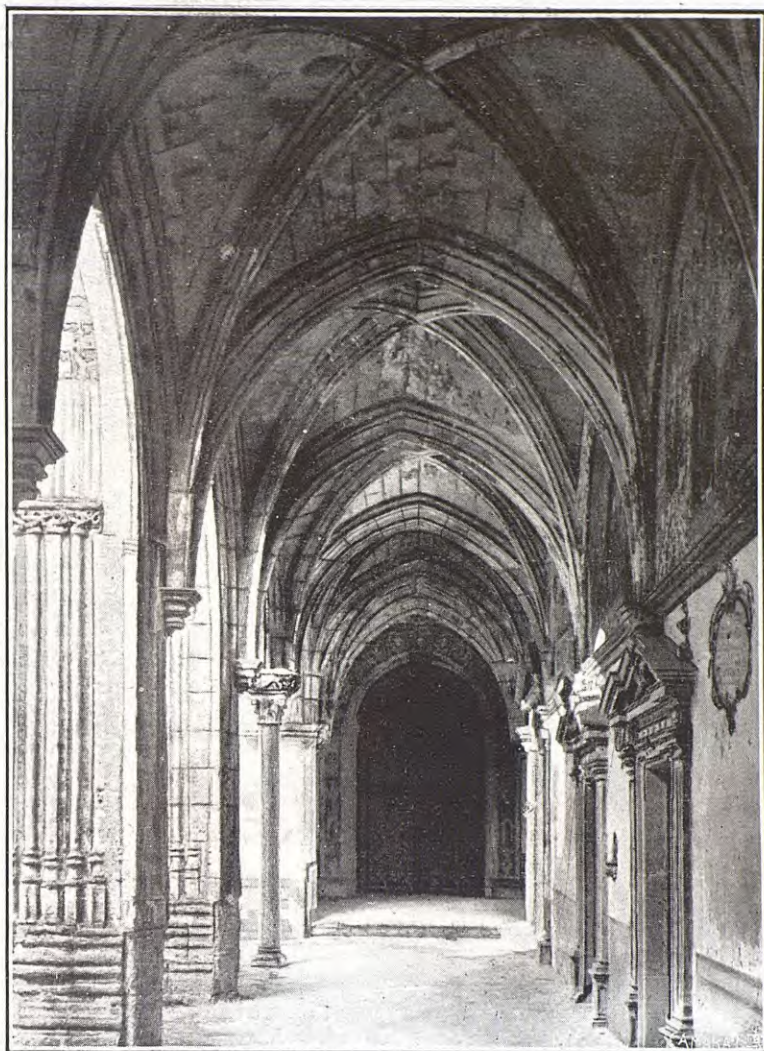
monjes acumuló dinero para pagar el claustro y las viviendas centrales al arte gótico, y luego, se van acrecentando las naves y los pórticos edificadas en distintas épocas, rindiendo tributo al gusto severo y clásico que impone Herrera y al estilo plateresco y á todas las modalidades por que va pasando la arquitectura nacional. Luego, la pujanza creadora de este sol andaluz va adornando los muros y las arcadas y las bóvedas con una vegetación traidora de ramajes silvestres que meten sus raicillas por entre las junturas de las piedras, descoyuntándolas y abriendo paso á las lagartijas y á numerosos insectos para que hagan sus guaridas y sus nidales en las cresterías y en las columnas y en las paredes. Allí arriba, en lo más alto de la gran portada, que

más que de convento ó iglesia semeja la de un palacio y donde parece que Churriguera inspiróse para hacer el pórtico del Palacio de San Telmo, en Sevilla, han colocado las cigüeñas, como un cesto enorme, su nido atalayero. En las cornisas, festoneadas de verdura y matizadas de jaramagos amarillos, de margaritas blancas y de rojas amapolas, como si se las hubiese adornado para un festival



Un rincón del patio principal del Convento





El claustro de la Cartuja

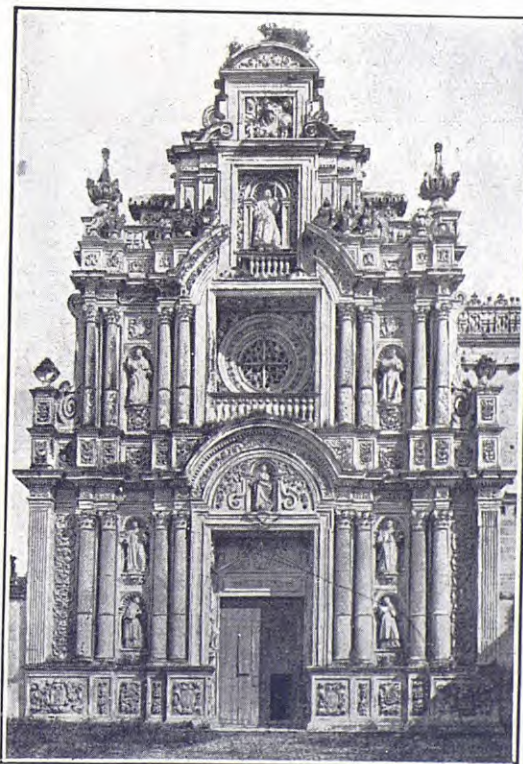


La puerta de la iglesia en el claustro

pagano, ocultan sus escondrijos los buhos y cuando llega el atardecer se desprende de todo el edificio, como si se la convocara á un aquelarre, una enorme bandada de murciélagos. En primavera llegan las golondrinas y los aviones y sólo su piar intenso y regocijado interrumpe el silencio con que toda esta vida intensa se desarrolla y multiplica al amparo del abandonado edificio. Es como si todavía, antes del alba, cruzasen estos claustros las imprecisas siluetas de los monjes que se dirigían al coro; es como si todavía, en las sombras de la noche, estallase bajo las bóvedas del templo el clamoreo del canto llano.

Luego ya, evocada la visión de lo que fué, os parece ver revivir esta colmena de silencio austero y de trabajo afanoso. Recordáis á Huysmans, que en su novela *En route* os enseñó á comprender las abnegaciones que han visto estos muros y estas arcadas, ahora muertas. Ante vosotros va surgiendo grandiosa la figura de aquel cartujo al que el Convento confía la grave y transcendental misión de guardar y cuidar la pira de los cerdos. Titán de la voluntad, aquel hombre espiritual, culto, delicado, lleno de unción, iluminado por la fe, encuentra en su tarea fuentes de alegría, fuentes de regocijo. Todo aquello áspero, grosero, materialista, sucio que le rodea, parece irse sensibilizando y dulcificando. Es como si un milagro se difundiera en aquel ambiente. El hermano Siméon, copiado por Huysmans en sabe Dios qué Trapa ó Cister, cree que sufriendo, que humillándose, que abatiéndose en las más viles ocupaciones, expía los pecados que los demás hombres cometen, y aleja de ellos los castigos que la Providencia tenía suspendidos sobre sus cabezas. Y no sólo es feliz, sino que un ambiente de alegría se esparce á su alrededor y regocija cuanto toca. En el jardín las flores tienen colores más vivos y más intensos perfumes que en toda la comarca; en los extensos trigales las espigas tienen más recia granazón; en la arboleda hay más frutos. Es como la bendición de Dios que fecunda y alegra y emballece cuanto alcanza...

Pero una Cartuja no es sólo un milagro de fe, sino un milagro de trabajo; una cooperativa de producción que surge en plena Edad Media, realizando una revolución espiritual en aquel mundo pietista en que la contemplación inactiva, la mortificación tormentaria y la búsqueda del martirio en la propaganda de la fe consumían las más ardorosas y enloquecedoras energías. Y es el recuerdo de este milagro que realiza, transformando la antigua Orden del Cister, aquel D. Juan



Portada de la iglesia de la Cartuja, declarada monumento nacional

Tenorio, llamado Mr. Rancé, que escandalizó á París con las disipaciones de su vida, lo que evocamos nosotros en estos claustros silenciosos. No hubo en esta Cartuja labores industriales. La tierra feraz que la rodea fué arada año tras año, y en sus surcos se multiplicaba el trigo candeal en óptimas cosechas. Más allá, en aquellas praderas que corta y festonea con una hilera de árboles copudos el cauce del Guadalete, los buenos frailes apacentaban caballos de la más pura raza andaluza. De allí iban á las ferias de Sevilla y Caulina y Utrera aquellos soberbios ejemplares que los majos adquirían á todo precio, para servir de trono al contoneo de sus figuras vanidosas. De allí seguramente procedía la jaca torda de Don Alvaro, aquella que bordaba los campos en la rima valiente del duque de Rivas. Y más allá aún, en cercados que el río aislaba, se criaban las reses cornudas de mayor braveza que conoció la tierra andaluza, prole de la ganadería de Gallardo y de otras que lidiaron Pepe-Hillo y Francisco Montes.

Así la Cartuja jerezana fué como una gran casa de labor, como una de tantas cortijadas señoriales en que se dividía la tierra andaluza. Queremos sorprender el misterio de aquella vida de trabajo, de renunciación, de sacrificio en el silencio de estos claustros, en las amplias naves que fueron refectorio, almacenes ó graneros, y sólo allá, en un extremo del edificio, en un jardinillo donde murmura el viento en unos cipreses centenarios y donde aún quedan restos de cruces marcadas en el suelo, advertimos que para reposar en la paz de aquellas austeras soledades, olvidadamente, ignoradamente, tantos hombres desengañados de la banalidad mundana se refugiaron en la negación de su personalidad. Y del fruto de su trabajo quedan estos muros grieteados donde el sol andaluz todopoderoso hace germinar los jaramagos de flores amarillas y las rojas amapolas y las margaritas blancas con su botón de oro!...

FOTS. GONZÁLEZ RAGEL

DIONISIO PEREZ





OFICIALES DE LOS EJÉRCITOS ALIADOS EN UN CAFÉ POPULAR DE LONDRES, A LA HORA DEL AJENJO

Dibujo de F. Matania



# RESIDENCIAS ARISTOCRÁTICAS EL PALACIO DEL CONDE DE ELETA



Salón de baile del palacio del conde de Eleta

He aquí una residencia, quizás de las más suntuosas y artísticas que entre las del viejo Madrid figuran y que sin embargo es totalmente desconocida para una parte muy numerosa de la sociedad madrileña. Su ilustre propietario gusta poco de las fiestas mundanas, pero su mano, pródiga y generosa, se tiende solícita para socorrer á los desgraciados; y es por ésto por lo que el antiguo y suntuoso palacio de la calle de Fuencarral es más conocido de los pobres que de los ricos, y si en sus magníficos salones se guarda una gran riqueza artística, formada por tapices, porcelanas, muebles antiguos, heredados unos ó adquiridos otros por el Conde de Eleta, débese ésto á las cultas aficiones de éste y al buen empleo que sabe dar á su fortuna.

Fueron los fundadores de ésta el ilustre banquero don Jaime Girona y su noble y virtuosa esposa Doña Saturnina Canaleta. Trabajador infatigable, hombre de negocios afortunado é inteligente como pocos, á él se debe la fundación del Banco de Castilla y fué también uno de los Consejeros fundadores de la Sociedad Altos Hornos de Vizcaya—cargo que hoy ocupa su hijo el Conde de Eleta—y que tan alta importancia ha adquirido con el transcurso de los años.

Al par que D. Jaime Girona desarrollaba sus vastos planes financieros, colocándose por su fortuna y por sus méritos entre los miembros más notables de la alta banca, su virtuosa esposa—poco dada á las fiestas, no obstante su belleza y su nativa elegancia, admirablemente reproducidas en el retrato de Federico Madrazo, que acompaña á esta crónica—consagró á obras piadosas y caritativas, siendo una verdadera Providencia para los pobres.

Ella regaló al correccional de Santa Rita su quinta *Milagros* y le dotó luego con unos terrenos fronteros para que sirvieran al esparcimiento de los reclusos.

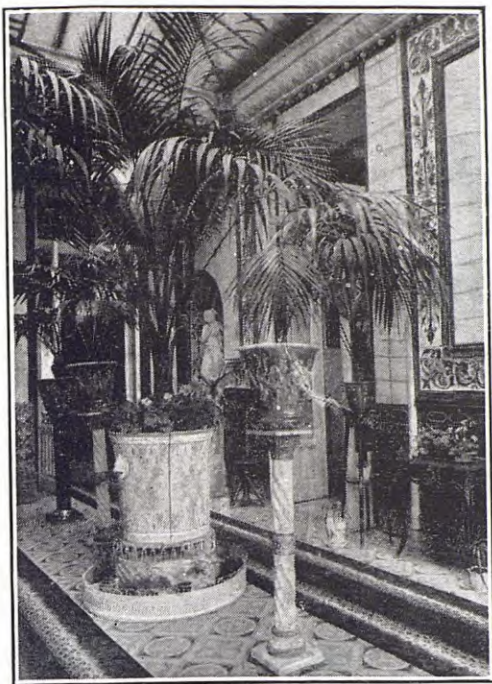
Hablamos solamente de estas obras benéficas por ser las que por su índole lograron escapar al silencio con que la bondadosa dama, siguiendo la máxima de la Sagrada Escritura, practicaba todas las suyas; pero la fama de sus bondades perdura á través de los años.

El hijo primogénito de los Sres. de Girona, D. Jaime, fué agraciado con el título de Castilla de Conde de Eleta, justo premio á los méritos propios y á los servicios prestados al país por su padre y por su matrimonio con una distinguida y noble dama, que llevó también el título de Marquesa de Aguila Real. Muerto sin sucesión le heredó su actual



Retratos de la Excm. Sra. doña Saturnina Canaleta y Morales de Girona y de D. Jaime Girona v Agrafell, pintados por Federico Madrazo





Un rincón de la "serre"



La capilla



Rincón de un gabinete

poseedor, D. Manuel Girona y Canaleta, que es actualmente Senador del Reino. Su única hermana, Doña Milagros, contrajo matrimonio con el Conde de Moral de Calatrava, de la ilustre familia andaluza de los López de Carrizosa.

Sirva esta rápida reseña para que los lectores conozcan esta distinguida familia, cuyo jefe actual, el Conde de Eleta, es propietario del hermoso palacio que á la terminación de la calle de Fuencarral edificaron los opulentos Sres. de Girona.

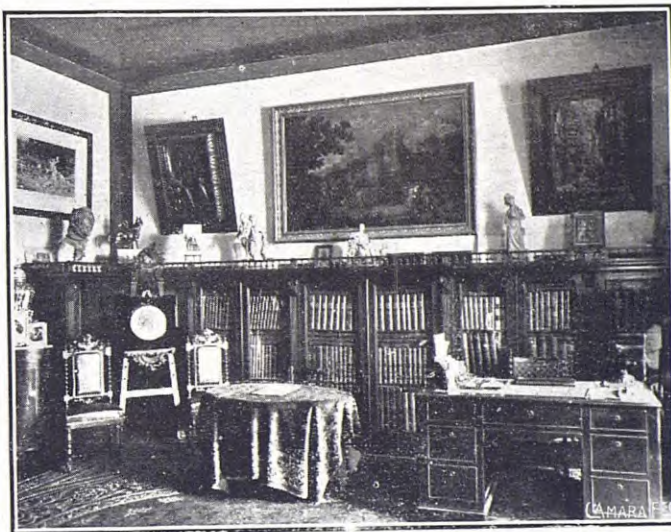
ooo

Hora es ya de ocuparnos de los salones cuyas fotografías ilustran este artículo.

Quedan ya en la Corte muy pocos palacios de tan vastas proporciones que recuerden las del antiguo de Altamira ó las del derruido de Oñate.

El salón principal—lo que pudiera llamarse el salón de baile, aunque no parezca destinado á esta clase de fiestas—sorprende por sus bellas proporciones. Un magnífico tapiz flamenco que representa *Un Ejército hambriento* cubre el muro frontero á los balcones; dos elegantes arañas de cristal de Venecia penden del techo y varios mármoles italianos y franceses, de autores premiados en Exposiciones extranjeras, muestran la pureza de sus líneas sobre sus ricos pedestales; la sillonería está cubierta de tapicería de Aubusson, que representa las fábulas de Lafontaine; en el centro de este salón hay una mesa de talla dorada con el tablero de mosaico de mármoles que recuerda las que se admiran en nuestro Real palacio, y en los ángulos de la sala hay jarrones y candelabros de porcelana de Sevres, dignos de un Museo.

Cuatro esbeltas columnas separan el gran salón de otro más pequeño, en el que se destaca otro hermoso tapiz de Aubusson, cuyo asunto es el Rey Asuero repudiando á la Reina Esther. El del salón de música, muy



Despacho y biblioteca

bello también, representa *La procreación*.

En la Biblioteca, bien repleta de obras que denuncian las cultas aficiones del Conde de Eleta, hay sobre las estancias varios cuadros antiguos de gran mérito.

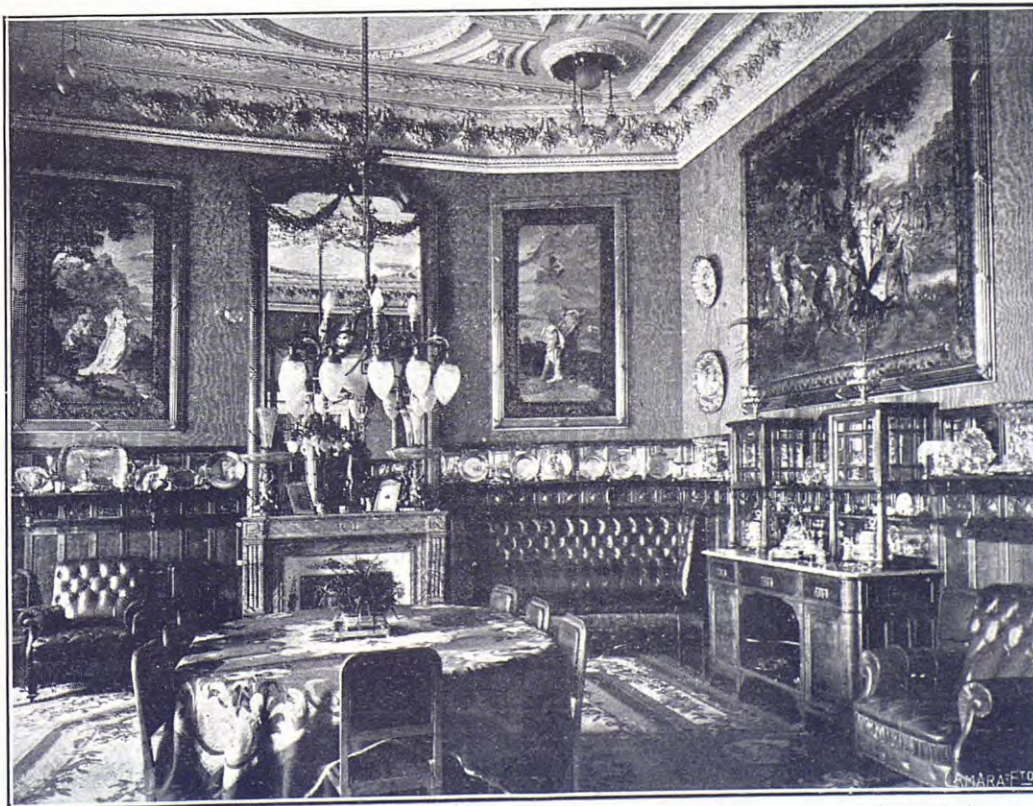
El comedor, de grandes dimensiones como las demás estancias del palacio, es muy elegante, y en su decorado se ha tenido el acierto de colocar las maravillosas reproducciones que nuestra Real Fábrica de Tapices hizo de unos bellos cartones representando las escenas del Telémaco.

En el decorado de la *serre*—llena de plantas y de pájaros—se ha empleado la cerámica andaluza con artísticas reproducciones de azulejos antiguos.

Los retratos de D. Jaime Girona y de su señora, que se admiran en otro salón, son dos de las mejores obras del pintor de las elegancias de la época de Doña Isabel II, de D. Federico Madrazo.

ooo

En la capilla del palacio de Eleta—y con esto vamos á terminar la rápida reseña—es donde se ha puesto más de relieve la piedad y el gusto de sus moradores. Está adosada al edificio con su pequeña cúpula y su fachada sobre el jardín; el retablo es de estilo gótico, bajo cuyas caladas molduras aparece una preciosa imagen de la Virgen con el Niño en brazos; las arañas y candelabros de bronce dorado; los altos ventanales, cuya cristalería de colores tamiza los rayos del sol, envolviendo el sagrado recinto en mística penumbra; el *vía-crucis*, obra notable de tapicería de un valor y gusto verdaderamente artístico; todos los detalles, en fin, son reveladores de la honda piedad que los Sres. de Girona y su hijo, el actual Conde de Eleta, pusieron en la obra de esa Capilla, que no en vano es por todos considerada como la joya de la casa.



Comedor

FOTS. CORTÉS

MONTE-CRISTO



# LA SEÑORITA FRIVOLIDAD

**C**RUZABA en un *landeau* tirado por dos caballos blancos; al pasar oyóse un *frú-frú* de sedas y de encajes, y un grato perfume de jazmín y violeta inundó el espacio. La señorita Frivolidad iba de fiesta. Gusta de divertirse esta reina galante. La encontramos en todos los lugares donde las gentes se dedican á reír y gozar. Va y viene por los salones aristocráticos, por las carreras de caballos, por los paseos públicos, con su eterna sonrisa; jamás llega á la carcajada, porque sería de mal tono. Además, la señorita Frivolidad odia las emociones fuertes. Mide la alegría y huye de dondequiera que el dolor sienta sus reales. No cree en nada, aunque aparenta creer en todo. Sus creencias son las establecidas por anteriores generaciones. No las discute, porque tendría que pensar largo y hondo; pensar largo la cansa; pensar hondo sería, según ella, perder un tiempo demasiado precioso. Sus ideas son ligeras, rumorosas; tienen algo del suave *frú-frú* de sus vestidos.

La señorita Frivolidad lee novelas y va al teatro y se dice amante del arte, y hasta, algunas veces, coge la pluma y la deja ir sobre las cuartillas. Sus escritos son de lenguaje correcto y elegante, entretenidos; claro que nada interesante nos dicen, que no hay en ellos ni una frase que nos llegue al corazón ó al cerebro. Los leemos de prisa, cortos momentos nos deleitan y si, á las pocas horas, nos preguntan qué tal nos parecieron, sólo podemos contestar: «Muy bonitos, muy bien hechos», pero sin acordarnos siquiera de lo que decían. ¿El teatro? Odia el drama por demasiado triste, como el sainete por demasiado alegre; prefiere la comedia de medio tono, donde todo se desliza mansamente, serenamente, como las aguas de un lago mecidas por una brisa matinal.

Dase á veces á las aventuras galantes, pero no á las que significan una pasión de esas que hacen reír mucho y llorar mucho también. Sus aventuras son pacíficas; llegan sin deseos grandes y se acaban sin ningún dolor. Su beso de amor no es ese beso largo que acaba por herir, es un beso sin sonoridad que apenas si sale de los labios.

La señorita Frivolidad es cortejada por toda la juventud contemporánea. Por tenerla contenta la imitan, y hétela hoy reina y señora del mundo. Entrega sus caricias al joven que se las demanda y luego le suelta de sus brazos, extenuado por los placeres sin placer, por las alegrías sin alegría, robándole la carcajada loca de los veintitantos años, dejando, en cambio, grabada en el rostro de un admirador su sonrisa eterna, esa sonrisa tan elegante, tan estética... tan vacía de sentimientos.

He tenido ocasiones de hablar con algunos de sus jóvenes cortesanos; he tratado de hacerles comprender que la vida no es la que ellos se empeñan en vivir, que la vida es plenitud de goces, plenitud de dolor, una cadena eslabonada de emociones que conmuevan nuestro corazón y nuestro cerebro; les he hablado de luchar, de estudiar el ruinoso pasado para triturarlo, para levantar sobre él los cimientos de un mundo por venir. Al escucharme, lo han hecho sorprendidos, extrañados, y con su sonrisa burlona me han ido respondiendo lo mismo.

¿Gozar mucho? ¿Para qué? Los goces intensos conducen al dolor, y el dolor hay que evitarlo. Las emociones fuertes son siempre molestas; es preferible una vida tranquila, un poco egoísta. La lucha fatiga, hay que ser vencedor ó vencido. El vencedor tiene, luego de ganar la batalla, hondas preocupaciones; ha de meditar la forma de emplear la victoria, ha de sostenerse en el sitio á que ésta le llevó y soportar injurias y envidias de los vencidos que sobrevivieron á la derrota. Si se es uno de éstos, hay que sufrir escarnios y penas sin medida. Si el pasado es ruinoso, mejor es no volver los ojos para contemplarle. ¿El porvenir? Al hablar del porvenir encógense de hombros. ¿Qué importa el porvenir? Lo interesante es vivir el presente lo mejor posible y *el que venga detrás que arree...* Frase poco académica, pero muy elo-

cuente. ¿La Humanidad? ¡Bah! ¡La Humanidad! Que cada cual cuide su huerto, que el huerto común es demasiado grande y son muchos los jardineros.

Al oír á esta juventud también yo quedo extrañado y sorprendido; sólo que no doy en reír burlonamente; una gran amargura se apodera de mí y me pregunto: ¿Qué va á ser del mundo si la juventud, indiferente á todo, hace un castillo egoísta donde se encierra cada individuo, sordo á los alaridos que vienen de fuera, ciego á los problemas que ofrece el estado social contemporáneo?

Y he acudido al último extremo para ver si sus corazones despertaban. Les he hablado de la guerra, y no sabían nada de cuanto sucedía. Habían oído decir que el mundo se estremecía y se tambaleaba empujado por una terrible catástrofe, pero

temerosos de emocionarse demasiado, no querían enterarse de más. Entonces les he relatado episodios de la tragedia universal; les he recordado los millones de hombres muertos; les he hecho pensar en las madres gimientes... Ellos me han escuchado con la boca abierta, y un poco acobardados, temerosos de perder la ecuanimidad de sus ideas, me han señalado á una dama que, lanzando un *frú-frú* de sedas y de encajes y un grato perfume de jazmín y violeta, cruzaba en un *landeau* tirado por dos caballos blancos.

—¡Cállese usted!—me han gritado—. Allá los que matan y los que mueren. La señorita Frivolidad va de fiesta. Hay que acompañarla. Silencio, que no gusta de emociones fuertes.

JOAQUÍN DICENTA (hijo)





# EL ROMANCIERO



## Romance lírico

¡Rincón de mis días felices!—¡Mi casa, mi dulce casa!  
 Por los palacios del Rey—cierto que nunca os trocará.  
 ¡Cuarto de mis noches solas!—¡Cama humilde, humilde cama!  
 Por los de Reyes y Príncipes—cierto que nunca os dejara.  
 Quiero mejor estas ropas,—tejidas de estopa basta,  
 que las sábanas del Rey,—de lencería y Holanda.  
 Mejor quiero estos jergones,—de hoja de maíz y lana,  
 que los colchones del Rey,—con pluma de cisne y garza.  
 Mi cabezal está lleno—de fina hierba aromada;  
 lleno de tiernas memorias—é ilusiones del mañana.  
 El Rey en su cabezal—se reclinó y no descansa,  
 que le acosan mil cuidados—y mil temores le asaltan.  
 ¡Cuántas noches, con mi amor—soñé que me desposaba!  
 ¡Rincón de mis días felices;—mi casa, mi dulce casa!  
 Si no fuera por casarme—cierto que nunca os dejara.

## Romances épicos

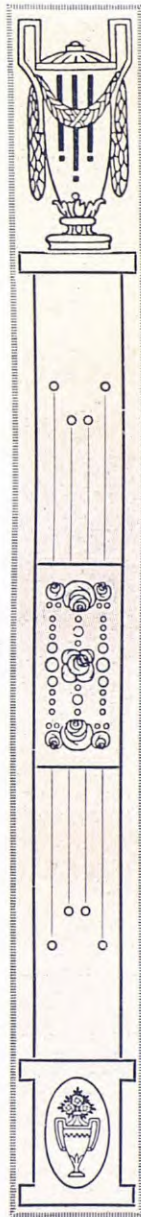
I

Ved aquí los caballeros.—Quede allá el estado llano.  
 Estos lucen señorío.—Los otros son los vasallos.  
 Estos persiguen la caza.—Que otros adoben los campos.  
 Estos juegan la ballesta.—Que otros rijan el arado.  
 Caballeros hidalgotes—aposentan en palacios.  
 Sobre el dintel de la puerta—tienen escudos labrados;  
 cobijo para los canes,—cuadra para los caballos.  
 Vino y yantar en la mesa—están siempre aparejados.  
 A falta de hacienda propia,—la quitan á los villanos.  
 Por señores absolutos,—ha tiempo se han titulado.  
 Derrocaban los molinos,—robaban harina y grano,  
 prendían los molineros.—Por doquiera hacen estrago.  
 ¡Ved la flor de la hidalguía—y la nobleza de antaño!

II

Por las breñas, monte arriba,—cabalgan siete hidalgotes,  
 sobre cuártagos y mulas,—dando al aire alegres voces.  
 Ya se alejan, ya han traspuesto—la cumbre de los alcores.  
 Descollando contra el cielo,—cerníanse siete halcones.

Hasta la silla del Rey,—llega de gente un gran golpe.  
 Por todos habla un buen viejo.—Estas fueron sus razones.  
 Justicia pedimos, Rey,—en los siete forzadores,  
 que Rey que no hace justicia—no debe vivir en Cortes,  
 ni pasearse á caballo,—ni haber con la reina amores.  
 Nosotros somos el reino,—que no tú y todos tus nobles.  
 Somos el cuerpo y el alma,—dichos y hechos, voz y acciones.  
 Cosechamos de las viñas—vino con que hinchas tus odres,  
 el aceite de tus orzas,—el trigo para tus trojes.  
 Tejemos por que te vistas.—Alzamos casas y torres.



Para solazarte, cantan—juglares y trovadores.  
 Para guardarte, se han vuelto—lanzas las selvas de robles.  
 Por defenderte, en soldados—se tornan los labradores.  
 Y así nos pagas, el Rey.—Malos alcaldes nos pones.  
 Hijas y haciendas nos fuerzan,—violentos y robadores.  
 El Rey respondiera: Vedme—el más triste de los hombres,  
 que la corona no es mía—y vivo como en prisiones.  
 Ellos mandan en el reino,—los malos gobernadores.  
 Vosotros, fieles vasallos,—afilad presto las hoces  
 y haced cumplida cosecha—de cabezas de traidores.

## Romance cazurro

Vasija quebrada y rota—nunca de agua se llenó.  
 Rosa pisada de zuecos—es tierra, que ya no es flor.  
 Agua que molió molino—no muele molinda de hoy.  
 La golondrina no vuela—cuando las alas perdió.  
 Antaño un sol se ponía.—Hogaño sale otro sol.  
 Perro al que cortan el rabo—se queda en perro rabón.  
 La doncella con mancilla,—no es doncella, vive Dios.  
 Por las puertas de las casas,—con ronca y sonante voz,  
 así iba cantando un ciego,—cazurro, viejo y burlón.  
 La niña, que lo escuchaba,—desfallecía de dolor.  
 El amante la besaba,—con llanto en el corazón;  
 que la niña estaba encinta.—Encinta de un forzador.

## Romance fronterizo

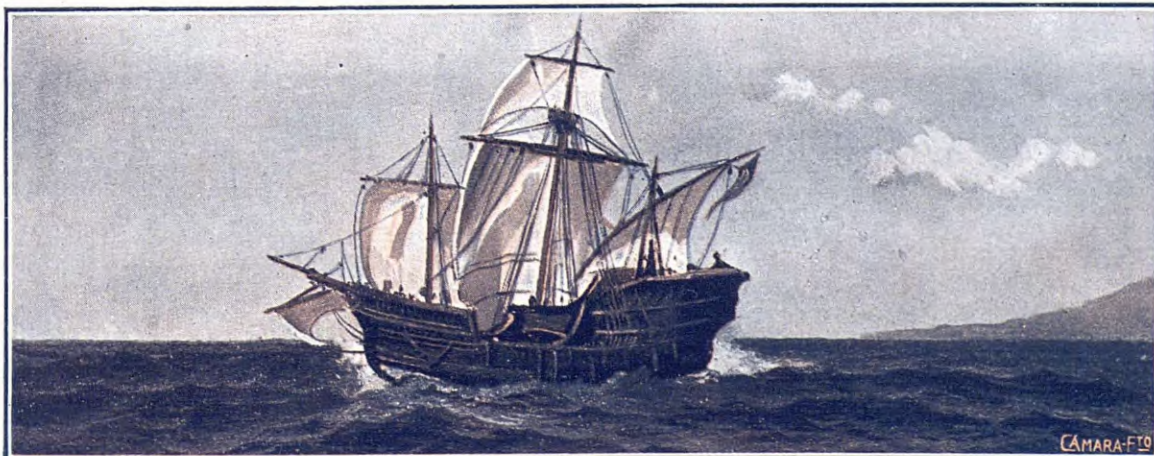
Pobre Castilla la llana,—que no puede ver el mar.  
 Pobre terruñero, adscripto—á la gleba de un erial.  
 Con quebranto de vosotros—me parto. Con Dios quedad.  
 Pueblo sobrio, pueblo hidalgo,—prez de hidalguía cabal;  
 triste de ti, que la infamia—llegó á meterse en tu hogar.  
 Adiós por siempre. Me parto—no sé adónde. A un más allá.  
 Partíos todos conmigo.—Sembrad las tierras de sal.  
 Maldito de Dios el pueblo—que se deja amiseriar,  
 que humilla su cuello al yugo—y moja en llanto su pan.  
 Mal haya aquel que, cobarde,—se deja mal gobernar.  
 Quédense los regidores—solos, un tal para un cual.

¡Cómo sopla alegre el viento!—¡Qué azul y blanco está el mar!  
 El galeón se impacienta,—cual potro ensillado ya.  
 Marinos leván el ancla,—con gritos de libertad.  
 Las velas tiemblan, como alas—congojosas por volar  
 del reino de la mentira—al reino de la verdad.  
 Timonel, rige la caña.—Corta la amarra, rapaz.

Salió mar adentro el buque,—con rumbo á la eternidad.

RAMÓN PEREZ DE AYALA

DIBUJOS DE R. VERDUGO LANDI





CURIOSANDO LA HISTORIA

## REINAS INFELICES

Cuando el rey de Aragón, D. Pedro IV, muerta su tercera esposa, Doña Leonor, hermana del soberano de Sicilia, al contraer cuartas nupcias, ceñía sobre las sienes de Doña Sibila Forcia, viuda a su vez del rico home don Artal de Foces, la corona aragonesa, en el misterioso libro del porvenir comenzaban a escribirse los tristes capítulos del infortunio de esta criatura, y los clamores de júbilo en las fiestas en celebración de los regios esponsales repercutieron más tarde con ecos de un odio que persiguió implacable a la dama infeliz.

El preclaro linaje de Doña Sibila, de la noble sangre de Bertrand, señor de Forcia, en tierra ampurdanesa, no sirvió de prisma en que se quebrasen las luminosas radiaciones del brillo de la realeza, y al descender del trono el monarca D. Pedro IV para ofrecerla el trueque de las tocas de la viudez por el regio manto de soberana de Aragón, ofuscáronla aquellos resplandores y diose al rey por esposa como premio a los halagos de la majestad en el año, que ella creyó de venturas, de 1377.

El rey, cautivo de la hermosura de la dama ampurdanesa, al punto de preferirla a Doña Juana, reina de Sicilia, con la que existían tratos matrimoniales que de concluirse hubiesen agregado a la corona de D. Pedro el florón del reino siciliano, quiere ofenderla los más excelsos honores, y aprovechando la oportunidad de unas cortes reunidas el año 1380 en Zaragoza, en las que habían de tratarse altos negocios eclesiásticos que más bien parecieron pretexto de las visitas, a juzgar por el poco interés que a ellos prestaron, la hace coronar soberana de Aragón, con solemnidad y pompa inusitados.

Y en tanto el amor a su bella consorte adueñábase más y más del alma del Rey D. Pedro, su heredero el Infante D. Juan, habido en las terceras nupcias con Doña Leonor, hermana del soberano de Sicilia, reconcentrabá en su pecho sordo encono contra la que vino a ocupar en el palacio y en el corazón del monarca el puesto de su madre.

Pero a aquel encono ponía freno el temor y el respeto al soberano, traslucido sólo en rápidos destellos, bien pronto apagados, en los que acaso no parase mientes la Reina, pero que no podían escapar a la sutil perspicacia del padre y a la penetrante sagacidad del anciano, ya en el ocaso de la vida, D. Pedro de Aragón.

Y sin exteriorizarse la insana pasión cuyo desbordamiento había de ser funesto para la hija del señor de Forcia, gustó ésta durante algún tiempo, corto, como son los instantes que mide la dicha, los placeres de la grandeza real y del acariciador incienso de la adulación, hasta que la muerte llegó a reclamar a su vasallaje al soberano aragonés, poniendo con su helada mano un epílogo de paz eterna al reinado de guerras incesantes y batallar sin fin de Pedro IV de Aragón, prólogo a su vez de los infortunios de su amada consorte, amor que acaso conjuró sobre ésta el aborrecimiento del Príncipe heredero.

Enfermo el Rey adivina todo el furor con que ha de desencadenarse el odio contenido de don Juan y aconseja a Doña Sibila se ponga en salvo antes de que la viudez la deje sin amparo, y mientras el padre cuidaba, como postrera caricia, de la seguridad de su esposa, el hijo comienza a hacer uso de las prerrogativas del mando, de las que aún no estaba investido, alentando todavía el viejo Rey, y dicta proceso contra la Reina, a quien la cortesana adulación dejaba indefensa, atentos ahora los que antes buscaron su favor, ingratos tal vez algunos a mercedes que recibieran de su mano, a no caer en la desgracia del que ya de hecho empuñaba el cetro aragonés.

Y acusa a su madrastra de haber hechizado al Rey agonizante para adueñarse de su voluntad, y aun al propio Príncipe, atentando a su vida con extraño tóxico, fundando el proceso en razones de lesa majestad. Y ordena su arresto a tiempo que la Reina, ya agonizante su esposo, intenta la salvación huyendo de la Corte, acompañada de su hermano D. Bernaldo y de algunos nobles leales a su persona, entre ellos



Estatua yacente de doña Sibila Forcia, cuarta esposa de D. Pedro IV, de Aragón

el Conde de Pallás. Pero el furor del Príncipe, desbordado en toda su intensidad, dispone la persecución de los fugitivos, decretando toquen a «sometent» todas las campanas del reino, como era costumbre anunciar la huida de los malhechores, lanzando gentes en su captura, si bien, por último respeto al Rey moribundo, no menciona en sus órdenes el nombre de la que era aún su soberana, aludiendo tan sólo a sus acompañantes. Y es tan extremado su afán porque no se le escape su víctima, que promueve a lugar teniente a su hermano D. Martín, encomendándole la misión de detener a Doña Sibila y sus leales, queriendo así patentizar cuánto interesaba a la salud del reino que no escapasen los que huían. Y reos éstos de gravísimo delito, pone mano en sus bienes y estados, haciendo conyugal presente a su esposa Doña Violante de los que eran patrimonio de la infeliz Doña Sibila.

Último baluarte de su salvación, refúgiase la fugitiva con sus gentes en el castillo de San Martín de Zarroca, en la vega de Villafranca del Panadés, donde llega D. Martín y da cumplimiento a la orden de arresto que le valió la exaltación a la elevada jerarquía de que le había investido su hermano, que le halagaba para excitarle contra su madrastra, con la nueva merced de la villa de Monblanc y el título de Duque.

Y entonces descarga con toda saña contra Doña Sibila la furia de D. Juan, ya sentado en el trono de Aragón, sometiéndola a la afrenta de una prisión injusta, torturándola con el tormento para obligarla a confesar un crimen que forjó su odio, poniendo a prueba su serenidad, acumulando contra ella falsos testimonios ante la justicia, como la de considerar cargo gravísimo la deposición de un físico judío que afirmaba la existencia del hechizo en la persona del difunto Rey, fundándose en el hecho de no haber producido efecto ciertos remedios que él le había administrado, con los que el restablecimiento del monarca hubiera sido seguro de no haber existido una extraña acción contraria.

Poco podía esperar Doña Sibila de la justicia de quien tales procedimientos empleaba, y salvando al menos la dignidad, renuncia su derecho a la defensa al exhortarla a nombrar defensor. Alguna dulzura consiguió poner en el trato del Rey para con ella, el acatamiento que hizo al despojo de sus bienes y estados, otorgando poder para que con ellos tomasen posesión los procuradores de Doña Violante, debiendo acaso a ello el librarse de una sentencia de muerte, como la que recayó contra sus amigos, exceptuados D. Bernaldo y el Conde de Pallás, aunque esto tal fuera más que un movimiento de magnanimidad un gesto de odio refinado para hacer más largo el suplicio de sus víctimas y que por más tiempo sintieran el peso de su rigor.

Y quizá hubiesen terminado en las lobregueces de una prisión los días de aquella a quien rodearon todos los esplendores, privada de libertad la que fué dueña de vidas y haciendas, encerrada en miserable calabozo la que había sido señora de todo un reino, de no intervenir en su favor una poderosa influencia sensible a aquellas injustas crueldades el Cardenal de Aragón, legado del Pontífice Clemente, cuyos oficios lograron descender para Doña Sibila los cerrojos de la cárcel, compensándola el Rey de la incautación de sus propiedades con una menguada renta, insuficiente no ya para el decoro de una Reina, sino para el prestigio de su hidalga estirpe.

Y muere en 1407 aquella Reina desventurada que si inmoló su belleza y su juventud en un amor senil a impulsos de la ambición, costóronla los efímeros esplendores crueles amargas, ejerciéndose en contra suya al fin de su existencia las prerrogativas del poder real que ella tuvo a su merced y que hacía caer sobre su persona todos los rigores de un odio implacable que marca el comienzo del reinado D. Juan I con una tiranía que es un baldón.

## ¡PATRIA!

—¡Madre! Con mis ensueños confundida miro otra madre, como tú amorosa, que si sus labios en mi frente posa me contagia al calor de nueva vida.

Corona de laurel lleva ceñida, mi llanto enjuga, de mi bien ansiosa, y a mi dolor acude presurosa, viendo mi pena ante su amor rendida.

De'a rayos de luz en mi conciencia y si d'ese por ella mi existencia pequeño, madre, el sacrificio fuera.

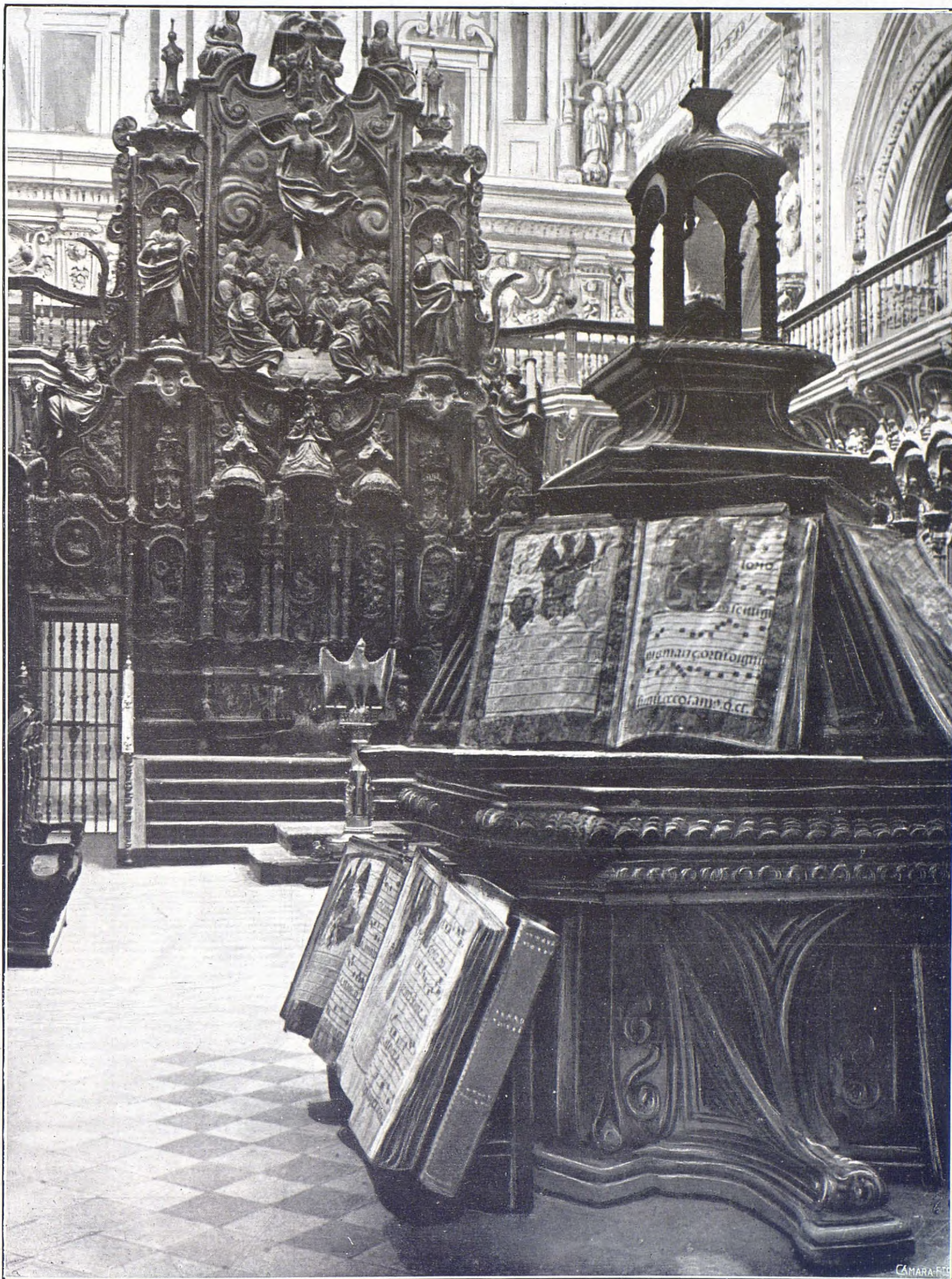
—Sigue soñando así, mi hijo adorado, que esa madre que en sueños has mirado, es la patria... ¡Otra madre verdaderal

Narciso DÍAZ DE ESCOVAR

ANGEL CANGA ARGÜELLES



# LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



DETALLE DEL MAGNÍFICO CORO DE LA CATEDRAL DE CÓRDOBA

FOT. SOL



NUESTRAS VISITAS  
LOS REMEROS VASCOS



Detalles de las regatas de traineras en San Sebastián

Los equipos de San Sebastián y Orio en plena lucha

**O**s confieso que el espectáculo me sorprendió.

Yo no podía ni sospechar que unas regatas de traineras despertasen tanta expectación y que por presenciarse se congregara todo San Sebastián a las orillas del mar. Y, sin embargo, Igeldo, la herradura de la Concha, el muelle y el Cerro de Santa Catalina, eran un hervidero de gente, una guirnalda de cabezas. La bahía estaba plagada de pequeñas embarcaciones—vaporcitos, canoas, lanchas, balandros—que se movían inquietas de un lado para otro esperando impacientes la salida de las dos traineras que habían de disputarse la bandera de honor: «Orio» y «San Sebastián». Eran los dos equipos que, en las emocionantes eliminaciones del domingo anterior, quedaron triunfantes y ahora optaban al campeonato. Habían cambiado de campo; los remeros de Orio lucharían sobre la trainera de San Sebastián, y los de San Sebastián sobre la de Orio. Durante toda la semana última, las dos barcas habían estado custodiadas por vigilantes de ambos equipos con el fin de que no se les introdujera ninguna reforma beneficiosa ni perjudicial. Los partidarios de «San Sebastián» tenían una gran fe en el triunfo de sus remeros, que eran los campeones del año anterior; sin embargo... ¡aque-llos gigantes de Orio eran tan fuertes! No en vano tienen fama de ser los más temibles bogadores del Cantábrico. Bullía entre el público, que en su mayoría



El viejo pescador de Orio Manuel Olazola, patrón de la trainera de Orio, que ganó las regatas de San Sebastián FOTS. SERRANO

deseaba el triunfo de «San Sebastián», una honda inquietud que trasluciese en exclamaciones, gritos y acaloradas disputas.

—¿Pero es posible que Orio, un pueblo de mil quinientos vecinos, nos gane?... ¡Oh, sería una vergüenza!—exclamaba una gentil muchachuela de la aristocracia donostiarra, al mismo tiempo que con sus prismáticos seguía los movimientos de las dos traineras.

Las apuestas habían rebasado los cálculos. Se jugaban más de cincuenta mil duros. Los partidarios de «Orio» apostaban doble contra sencillo.

—Si «Orio» pierde—se oía decir de vez en cuando—el pueblo se arruinará, como le sucedió a Ondárroa.

Este temor de que un pueblecillo de pescadores se arruinase, hizo que mis simpatías se pusieran de parte de «Orio». Después de todo, para el suntuoso San Sebastián no era más que un triunfo de amor propio, en cambio para Orio era la vida o la muerte...

La tarde estaba más bien desapacible y cenicienta. El cielo humoso y torvo amenazaba el temible *sirimiri*, y el mar, bastante movido, prometía galerna. Sin embargo, nada de esto arredró a los espectadores ni a los traineros, que a las cuatro en punto ya estaban colocados entre las dos barcas que servían de meta. De allí saldrían á toque militar y llegarían hasta una boya situada fuera de la bahía, alrededor de la cual virarían para volver al punto de partida...



Hubo un silencio solemne de extremo á extremo de «La Concha». Sólo el mar, al romper ondulante contra los muros que le ceñían, rugía incensantemente.

El clarín dió el toque de atención; las dos traineras, con los remos en actitud de hundirse sobre las verdosas aguas, esperaban... ¡Tic!... gimió la corneta, y las dos barquillas rompieron marcha. Los remos entraban y salían en las aguas á compás, como si una máquina los moviera al mismo tiempo, con absoluta precisión. Al resbalar sobre el oleaje levantaban volcanes de espumarajos blanquecinos que desaparecían. Pronto «Orio» consiguió destacarse gentilmente de su adversaria; primero media barca, después toda, y cuando abandonaba la bahía, le llevaba de ventaja más de veinte metros. Esto produjo una decepción en los espectadores. «¡Esos gigantes remeros de Orio!»

Una legión de embarcaciones escoltaba á las dos frágiles traineras.

Pasaron cinco, diez, doce minutos y al fin volvió á aparecer «Orio», triunfante, que había conseguido dejar á «San Sebastián» muy atrás... Y llegó á la meta en medio de un silencio hostil; sólo se escuchó alguna que otra palmada tímida de algún pescador paisano que habría venido á presenciar las regatas... Las sirenas de los barcos que el domingo anterior, cuando «San Sebastián» venció á sus adversarios menos fuertes, atronaron los ámbitos con sus plañideros gemidos, ahora, ante el triunfo de «Orio», permanecían mudas. Pero no importaba; los remeros triunfadores saltaban y gritaban dentro de la trainera como acometidos de una alegría epiléptica. Yo quise sentir de cerca aquel júbilo infinito y...

Arturo Serrano, simpatiquísimo empresario de teatros, había preparado la excursión con telegramas, comidas y demás zarandajas. Yo no hice más que dejarme llevar por él en un magnífico automóvil que corría por la cuidadísima carretera de San Sebastián á Orio como una centella. El día, delicioso, y el panorama indes-

criptible. A la entrada del pueblo nos detuvimos en un restaurant donde nos esperaban el alcalde, nuestro amigo el Sr. Pérez Agote, el pariente de Serrano, Sr. Arin, y una veintena más que no recuerdo, pero en compañía de los cuales comimos muy bien y muy sólidamente. A mi derecha se colocó el patrón del equipo vencedor que aquel día, allí, en el pueblo, era un caudillo venerado por todos. Nada tan simpático. Más bien viejo, pequeño y enjuto. En su rostro curtido y terroso, de boca hundida por la ausencia de dentadura, brillaban sus ojos azules llenos de infantil ingenuidad y de altiva nobleza; ojos que por vivir siempre pendientes del mar, parece que en ellos quedó estereotipado el color de sus aguas y que no vieron jamás las desdichas y perversiones de la tierra. El viejo marinero tenía el pelo blanco como la nieve.

—¿Cómo se llama usted?—le pregunté.

El, antes de contestar, miró á todos un poco amilanado; después, con la cortedad de un chucuelo, respondió:

—Manuel Olaizola,

Casi no se le entendía; estaba afónico de los gritos de mando que para animar á sus marineros tuvo que proferir el día anterior.

—¿Estará usted contento?—le insinué.

Se concretó á sonreír. El alcalde, otro marinero alto y recio como un trinquete, respondió por él.

—Ya está acostumbrado á estos triunfos. Son cinco las banderas que ha ganado; cuando va de patrón él no hay quien venza á Orio.

—Y el año pasado, ¿cómo les derrotó San Sebastián?

—No quiso ir él; se disgustó. Este año tampoco quería. ¿Qué remedio tuvo, pues?... Fuimos todo el pueblo á rogárselo; él se resistió; pero, como es bueno, al fin se convenció de que era el desquite ó la ruina de Orio. Si nos derrotaban perdíamos más de ochenta mil pesetas. Fíjese usted, esta cantidad para un pueblo de mil quinientos vecinos. ¡Es mucho dinero!

—Luego, ¿en estas regatas está interesado todo el pueblo?

—¡Todo el pueblo!... El que no tiene dinero lo busca, y si no apuesta su carnero, ó su vaca, ó su lancha, y hasta las redes y la cama.

—¿Contra quién?

—Según; nuestro adversario más enconado, el único capaz de competir con nosotros, es San Sebastián, y, como es natural, apostamos por el triunfo de nuestra trainera sobre la del contrario.

—¿Cuántos marineros componen la tripulación de la trainera?

—Trece y el patrón.

—¿Los entrenará usted muy bien?—le dije al viejo patrón.

—Y tan bien! ¡Vencernos si no San Sebastián! El remero en quien yo mando, anda más derecho que sus remos.

El alcalde continuó:

—Le respetan mucho los mozos..., mucho...

—¿Durante cuántos días se están entrenando para las regatas?

—Durante cincuenta. Es un poco penoso para los marineros el entrenamiento.

—A ver, ¿por qué?—inquirí.

—De entre todos los pescadores del pueblo se seleccionan los quince más recios y que reman mejor; para estos quince mozos, los cincuenta días de preparación son una tortura.

—¿Por qué?

—Porque no viven más que para el entrenamiento y tienen sometida su voluntad á la de la Cofradía.

—¿Qué Cofradía?

—La de las regatas, que en este pueblo lleva el nombre de San Nicolás, su patrón. Pues bien; la cofradía interviene su vida completamente durante los cincuenta días, con el fin de que no hagan nada que pueda perjudicarles ó debilitarles.

—¿Y cómo?

—Colocándoles vigilantes que les acompañan á todas partes y no les dejan hacer nada prohibido: beber, fumar, trasnochar, hablar con la novia, etc...

—¡Ah!—exclamé sorprendido—. Luego entonces, ¿el que tiene novia?...



«El Caballero Audaz» en la trainera «San Nicolás», de Orio, durante su conversación con el patrón y los remeros, vencedores en las regatas

FOT. SERRANO



—Ha de hablar con ella delante del vigilante. Muchas protestan, patalean y lloran, pero al fin las pobres comprenden que esta abstinencia redundará en beneficio del pueblo. Otras toman sus precauciones y antes de aceptar como novio a un mozo, le hacen jurar que no tomará parte en regatas...

—¿Y los que están casados?...

—Se les separa de sus mujeres durante ese tiempo.

—¿Y los aficionados al vino?

—Aquí es la sidra..., la sidra...; se mueren por ella y es lo que cuesta más trabajo dominar; pero no tienen más remedio.

—¿Y trabajar?

—Se les rebaja del trabajo, que generalmente es la pesca, y la Cofradía les pasa diez reales diarios y además, en los últimos veinte días, una comida especial que les nutre y les fortalece mucho. Además, todo el tiempo tienen que meterse en la camita á las nueve en punto de la noche.

—¿Y cómo se comprueba esto?

—¡Ja! ¡Ja! El vigilante no se separa de ellos. A las seis de la mañana se les llama para hacer un ensayo sobre la trainera, que dura hora y media y á las seis de la tarde otro de una hora.

—¿Y en qué ha consistido el premio de ayer?

—En tres mil y pico de pesetas y la bandera de honor.

—Pero aquí se lucha por la bandera—terció el patrón, que seguía con entusiasmo nuestro diálogo—. Este año es muy maja; las tres mil pesetas se las reparten los remeros. ¡Ganadas bien las tienen!

Terminamos de comer y nos lanzamos á pasear por las calles del pueblo. Ardía en júbilo; todos los viejos balcones de madera aparecían con colgaduras y guapas y garbadas mozas asomadas á ellos. Delante de nosotros caminaban unos cuantos muchachos lanzando cohetes; detrás, la banda municipal que armaba un ruido desagradable. También las campanas repiqueaban escandalosamente.

—Todo esto es por el triunfo y en honor de ustedes—me dijo el alcalde.

—¿Quiere usted que demos un paseo por el mar en la trainera vencedora?

—me propuso el patrón.

Acepté encantado. Cuando llegamos al embarcadero ya estaban los trece mozos colocados en la barca. Trece buenos ejemplares de soberbios marinos. Altos como encinas, anchos como muros, colorados por el mar y la salud. Nos recibieron con júbilo... Estaban alegres como



El público agrupado ante el Ayuntamiento de San Sebastián esperando la entrega de la bandera de honor á los vencedores en las regatas de traineras

castañuelas... Alguno más de lo conveniente, porque de seguro se había desquitado durante la noche de la abstinencia de bebidas...

—¡Viva el patrón!... ¡Viva el señor que le acompaña!...—gritaron.

Saltamos dentro de la trainera. Yo me dirigí á uno de los que estaban más cerca de mí. Era tal vez el más recio de todos. Sus antebrazos eran dos tiburones.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Me llaman *Chocolate*... ¡Bien por *Chocolate*!... Hemos vencido á nueve pueblos y somos el más pequeñito... ¡Viva el patrón!...

—Ese es el marinero más recio que echa redes en el Cantábrico—me dijo el patrón. Después, dirigiéndose á ellos con dura autoridad, gritó: —¡Vamos!...

Callaron las bocas y comenzaron á hablar los remos.

lir que me tragaría el mar?... y ¿cuántas veces nos hemos saludado la muerte y yo?... ¡Que vive uno de milagro!... Esta *barra*, esta *pícarra barra*, quita vida á Orio... Hay que jugarse la vida todos los días en ella... ¡Muchos he visto yo perecer! Hay veces que yo paso horas y horas esperando la gran ola sobre cuyos lomos han de atravesar mis barquillas. Si escribe usted algo de esto, no se olvide de decir que el sueño dorado de Orio es tener el puerto.

Pasábamos por debajo del puente que cruza la ría. El pueblo, aglomerado allí, nos aplaudía frenéticamente. La trainera se deslizaba con una velocidad fantástica. Cada palada de los remos era un envite que casi nos lanzaba fuera de la barca. El viejo patrón, avezado á la sinfonía del mar, por sus acordes, adivinó el peligro que podíamos correr.

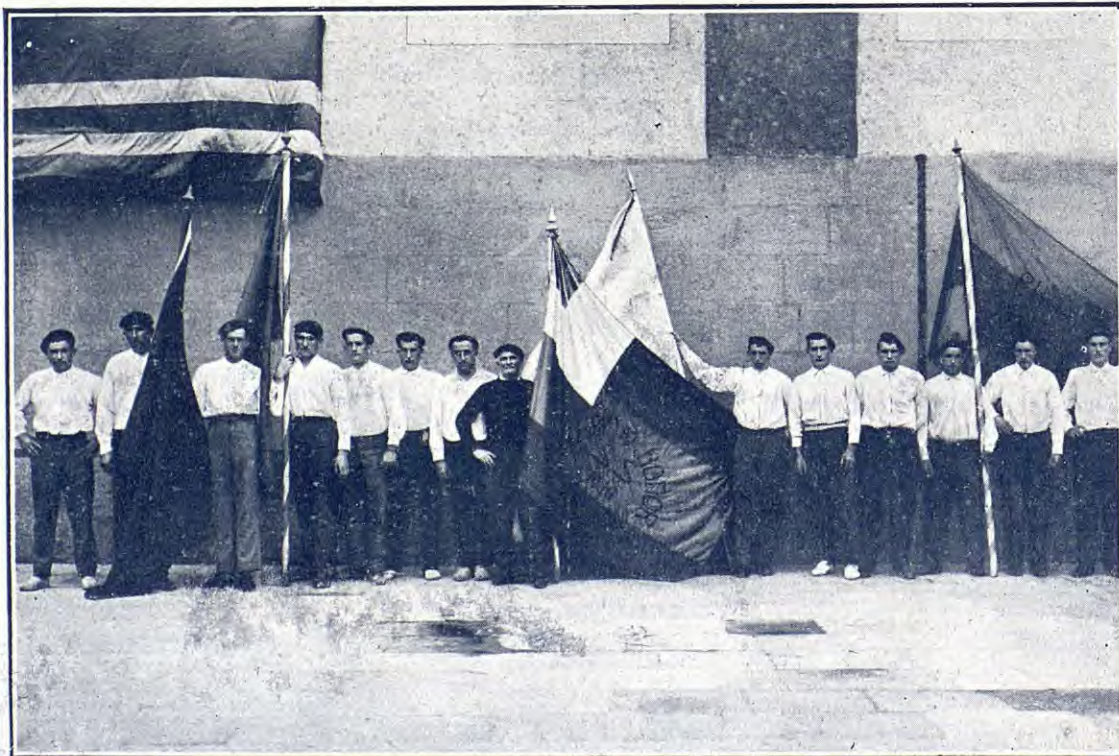
—La galerna está cerca; volvamos—ordenó.

—Y cuando no puede usted salir de pesca porque hay tempestad, ¿qué hace usted, Manuel?

—Ya puede ver, pues... Pasear por la orilla...

Callamos. Yo pensaba que para este viejo marinero el mar resulta un excelente camarada. Discurriendo por su orilla le parecerá caminar del brazo de un amigo. De vez en vez, se detendrá como para escuchar sonriente una frase y contemplará con deleite la frágil barquilla que pelagra sobre una montaña de agua ó la furiosa ola que se estrella contra una piña de rocas.

Y los trece remeros que me llevaban, dentro de cuarenta años, serán otros trece «lobos de mar» como el viejo Manuel.



El equipo vencedor de las regatas de traineras, en la plaza de Orio, con las banderas que han ganado en distintos años

FOT. SERRANO

EL CABALLERO AUDAZ



LA ESFERA

# PÁGINAS ARTÍSTICAS



PAISAJE SALMANTINO, cuadro de Enrique Vera



## LOS ARTISTAS Y LA GUERRA

*Ante unos dibujos de Hermann Paul*

"El jefe"

La obra de Hermann Paul en la caricatura francesa es una de las más considerables y permanentes. Frente a los humoristas frívolos ó galantes, en oposición a los que eligen los asuntos grotescos y las fantasías decorativas, como empeñados en una tarea fácil y demasiado contemporánea de ellos mismos, Hermann Paul dió siempre á sus dibujos un norte de reflexivas transcendencias, lo afianzó en un criterio flagelador y rebelde que acusaba más aún el procedimiento vigoroso, enérgico de sus *gouaches* y de sus *carbones*.

Forain, Steinlen y él. He aquí los tres representantes de la tendencia satírica de Honorato Daumier. Los tres, como Daumier, además de caricaturistas, son pintores. Los tres, como Daumier, se afiliaron espontánea y noblemente en la multitud heteróclita de los descontentos.

Reproches duros, implacables contra la Francia contemporánea han salido de los lápices de Hermann Paul, de Forain y de Steinlen.

Rara vez podréis sonreír ante los dibujos de estos tres jueces de su época. Reír, nunca. Miran á la vida sin pestaños de deslumbramiento ni adulaciones de acomodaticios. Nos avergüenzan de ser hombres y consentir las infamias de la moderna civilización. Han bordeado muchas veces el Código por descubrir los crímenes de aquellos que, hundidos dentro del mismo Código, están, sin embargo, protegidos por él. Y cuando hemos repasado largo tiempo unos álbumes de éstos dibujantes, se precisa en nuestro espíritu una aparición del moderno Cristo que ya no ofrece las mejillas para ser abofeteadas ni las manos desnudas para que los clavos las agujereen, sino que trae una bomba

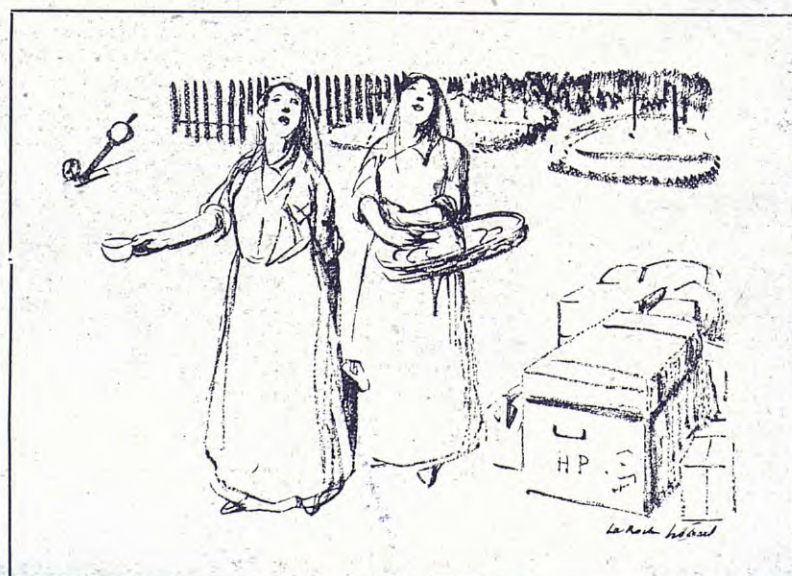
anarquista y un látigo. El látigo que ya conoció las espaldas de estos mercaderes expulsados del templo ayer y dueños hoy de todos los aspectos sociales.

Y no por defender como defienden á los oprimidos, á los maniatados y á los embrutecidos dentro de la ignominia ventajosa para los ajenos medros, dejan estos modernos triunviros de hablar con igual violencia agresiva á los que aman por indefensos y por débiles. Les buscan el corazón con dardos envenenados del propio vicio de ellos, les alfilerlean el amor propio, procuran galvanizar la inercia cadavérica de su cobardía.

Hermann Paul—el del nombre alemán y del alma francesa—ha elegido para sus sátiras los medios burgueses. Afronta la mesocracia que tiene los pies de fango y la cabeza de humo, la incapaz de redimirse tal como está esclavizada

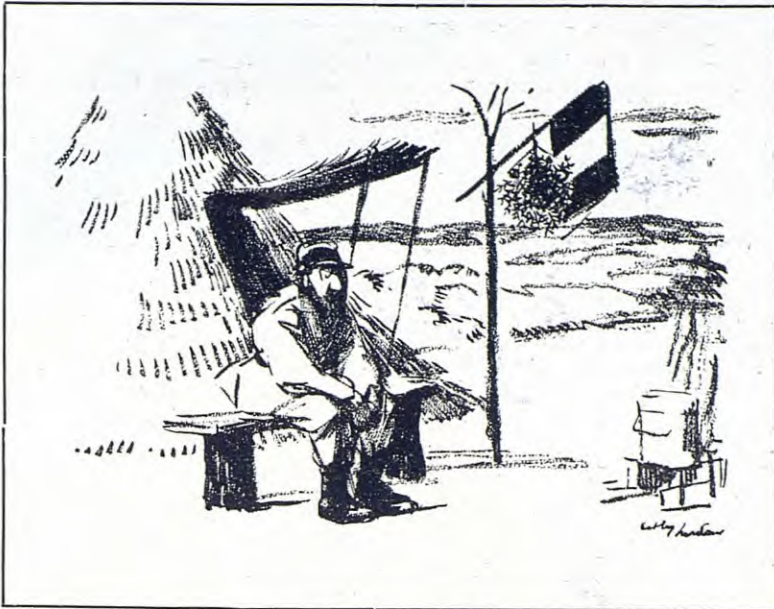


"La partida"

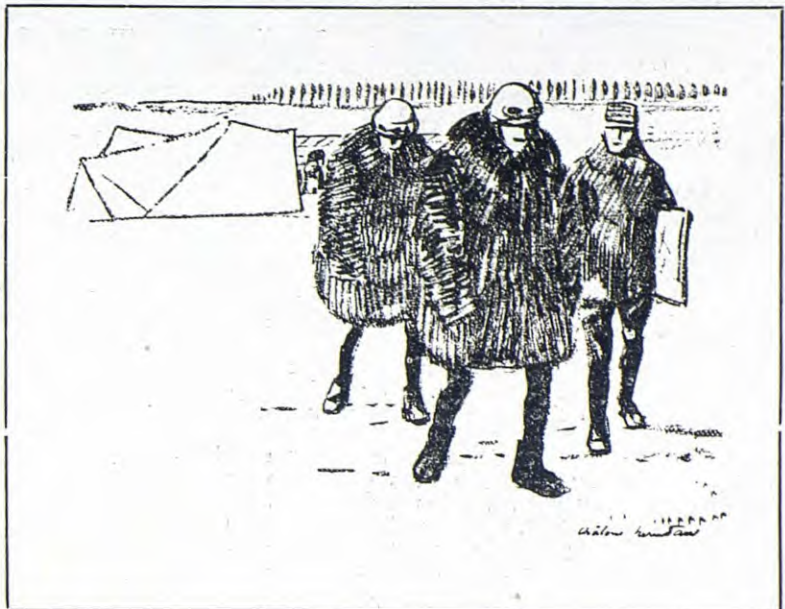


"El alimento del soldado"





"El territorial"



"La vuelta de los aviadores"

en el pauperismo de los de abajo é hipnotizada por los brillos falsos ó reales de los de arriba.

En sus números especiales de *L'assiette au beurre*—*L'assiette au beurre* de la buena época, á quien substituye ahora *La Baïonnette*—, en sus ilustraciones á los libros de Octavio Mirbeau, en sus álbumes, en sus cuadros, Hermann Paul ha tenido siempre aquel sagrado prurito de Emilio Zola: «decir en voz alta lo que los demás piensan en voz baja».

Las medio vírgenes, los burócratas, los militares, los curas, los comerciantes, las adúlteras, los rentistas, los deshonorados, los asesinos sin homicidio, sentían frente á los dibujos de Hermann Paul el terror de los sorprendidos en un descubrimiento súbito, de los que encuentran un eco acusador á las obscuras voces de la subconsciencia...

Y sin embargo, por debajo de esta efectiva crueldad corre otra no menos efectiva corriente de bondadosa simpatía, de dolorosa ternura. Es el deseo de hallar fuertes, sanos y altivos á los que son involuntariamente débiles, enfermizos y humildes. Busca con el termo-cauterio esta pobre carne podrida de la mesocracia sin que le tiemble la mano, pero estremecida de compasión su alma al oler el hedor nauseabundo y al oír los mordidos gritos del sufrimiento ajeno.

Ahora bien: ¿cómo ha interpretado Hermann Paul la guerra actual? Es hijo de su siglo, no lo olvidemos.

Los artistas de hoy se encuentran con que la guerra no tiene la emoción estética, el teatral espectáculo de otros tiempos. Se imagina la escultura clásica evocadora de combates y de héroes porque tenían los guerreros una belleza estatuaría en sus luchas. Pensad por un momento en las bélicas escenas cantadas por Homero; ved imaginativamente los hombres hercúleos y apolíneos semi desnudos y lanzados á individuales combates, con bellos cascos, bellas espadas y con escudos y corazas que recordaban episodios de batallas célebres. El culto á la perfección física, á la personal audacia, se extendía á los artistas que interpreta-

ban la guerra. Después los aspectos pintorescos, cuando ya las armas, la indumentaria militar, los combates mismos exigían el cuadro. Interviene el paisaje en una coral perfección del vistoso conjunto, donde los caballos caracolean con penachos y gualdrapas riquísimas, los generales visten uniformes deslumbradores, los ejércitos avanzan en un cromatismo triunfal y en que la muerte misma parece estar aureolada de gloriosa alegría ó de tranquilidad estética.

Se recuerdan las batallas vienesas y florentinas de Memmi, Luca de Tommé y Vasari, los frescos de Schaufelein en Nordlingen, los «cuadros tácticos» de Van der Meulen y Blasemberghé, y, sobre todo, la serie de lienzos consagrados á la epopeya napoleónica en que la fantasía de los artistas ampliaba y magnificaba más todavía aquella fantasía pomposa de los ejércitos, mejor aún del Estado Mayor de Bonaparte.

*Austerlitz*, de Gérard; *Wagram*, de Bellange; *Bataillon Sacré*, de Raffet, los lienzos de Philipoteaux en South Kensington.

Pero llegan los combates contemporáneos y el aspecto escultural, el aspecto pintoresco, se cambian en el aspecto verdaderamente trágico. Los héroes semi desnudos y en actitudes estatuarias, los conjuntos de generales fanfarrones ó las masas centelleadoras y policromas han desaparecido para ofrecer los episodios desoladores de la guerra moderna, desprovista de belleza y asfixiada verdaderamente de muertes

anónimas y múltiples, mostrando los campos de batalla como son realmente «fábricas de cadáveres».

«Los antiguos pintores mostraban un jefe resplandeciente de alegría y ocultaban los heridos —dice Robert de La Sizeranne en *Le Miroir de la Vie*—. Los contemporáneos no nos muestran al jefe, pero insisten en las matanzas de la carne de cañón.»

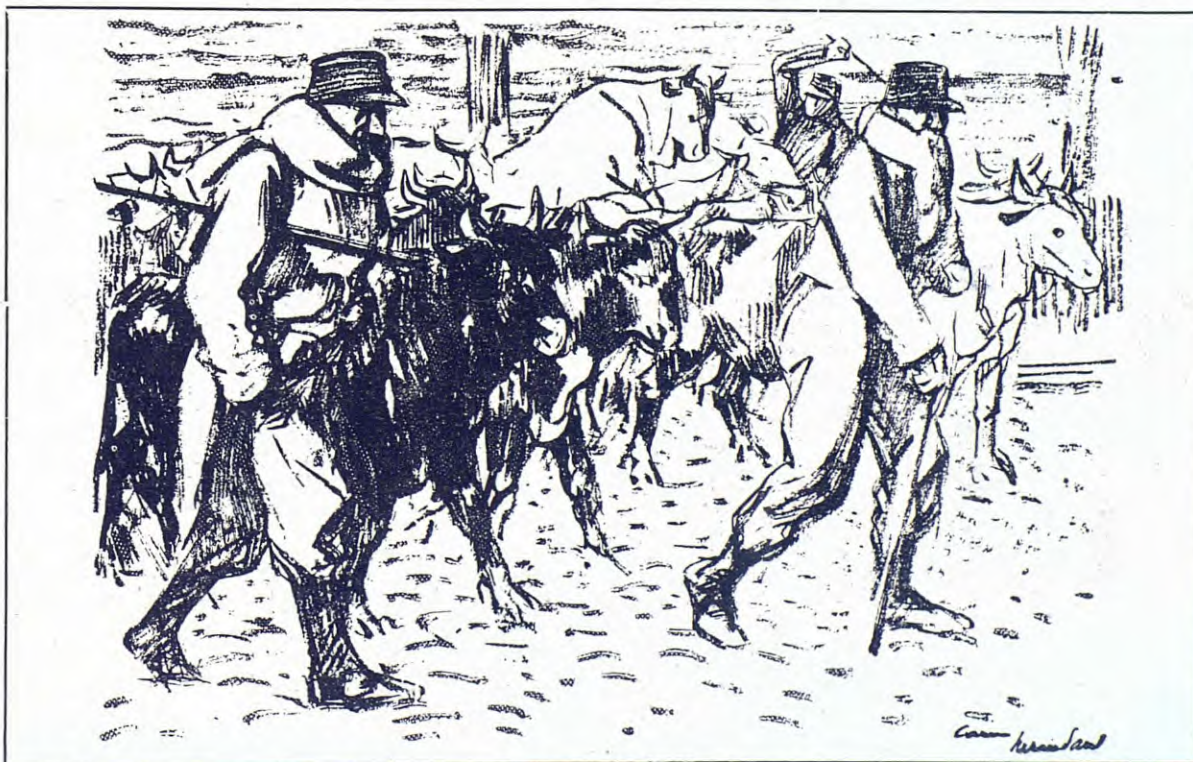
Marca la guerra franco-prusiana esta aparición del trágico espectáculo en todo su brutal realismo. Son los lienzos de Alfredo Neuville, de Detaille, de Morot, de Berne Bellecour. Son también los cuadros inquietadores del ruso Vereschaguine...

Pero aún faltaba este nuevo aspecto de la guerra actual, con los hombres enmascarados hundidos, con los submarinos atacando barcos indefensos, con los desfiles de millares y millares de hombres ciegos, con las nubes asfixiantes á ras de la tierra, con los ferrocarriles interminables, llenos de adolescentes ebrios de patriotía y de inscripciones fanfarronas hechas con tiza sobre la madera de los vagones, donde se les hacina como á bestias camino del matadero...

Quedan luego los episodios aislados, las escenas sueltas y ligadas, sin embargo, á la totalidad de la hecatombe. Y estas son las escenas que Hermann Paul refleja con su lápiz en los hospitales de sangre, en los campos de aviación, en las trincheras, en las estaciones del ferrocarril. Una gran amargura y una gran serenidad informan estos últimos dibujos del maestro francés.

No les pone leyendas incisivas, diálogos satíricos como á sus páginas mesocráticas de *avant guerre*. Se conforma con títulos sobrios y vulgares: *El alimento del soldado*, *El periódico del guardaaguas*, *El convoy*, *La vuelta de los aviadores*, *La partida*.

Esta sobriedad expresiva y estas escenas aisladas reflejan, sin embargo, mucho mejor que lo expresaría un cuadro de grandes dimensiones, el estado actual del alma francesa.



"El convoy"



# DE NORTE A SUR

## La "Salomé" de Regnault

No hace mucho tiempo comentaba en esta misma sección la extraordinaria importancia que los yanquis conceden actualmente a la pintura francesa. En una subasta reciente, donde se vendieron obras de artistas alemanes y franceses, fueron pagadas a precios modestísimos las de aquéllos y alcanzaron fabulosas pujas las de estos últimos.

Ahora se ha manifestado nuevamente el entusiasmo norteamericano por la pintura francesa. Ha sido con motivo de la célebre *Salomé* de Regnault.

Yo no creo que *Salomé* sea la obra maestra de aquel gran pintor, muerto a los veintiocho años en Buzenval por las balas prusianas, el día 19 de Enero de 1871, cuando ya la gloria envolvía su nombre y cuando iba a contraer matrimonio con una mujer a quien amaba extraordinariamente.

Tal vez su cuadro mejor sea el retrato de Juan Prim, que se conserva en el Museo del Louvre y donde Regnault reflejó toda la generosa vibración del alma española durante los años del 68 al 69.

En este lienzo, que fué la obra más notable del Salón de 1870, lo explicó el propio Regnault del siguiente modo en una carta escrita desde España:

*«C'est un petit homme maigre d'une tournure tres amusante et dont la tete es pleine de caractere. Il vient de gravir une pente; arrivé au sommet, il arrete court son cheval à la mode espagnole, et salue à la fois la liberté et sa patrie qu'il lui est permis de revoir, non plus en proscrit, mais en maitre.»*

Sin embargo, *Salomé* está considerada como su obra maestra. Por lo menos ha alcanzado un precio infinitamente superior a las de todos los pintores contemporáneos.

La *Salomé* nació de un estudio ligerísimo hecho por Regnault en Roma el año 1868. Le sirvió de modelo una muchachita italiana, de aspecto bravo y huraño, muy morena, con la cabellera crespa y negra y los ojos de una mirada aguda y penetrante.

Año y medio después, estando en Marruecos, le rogó a su íntimo amigo el escultor Espinay, que conservaba en su taller de la Villa de Médicis, de Roma, varios cuadros y caballetes de

Regnault, se los remitiera. Entre ellos figuraba el apunte de la muchachita italiana que Henri Regnault transformó en cuadro definitivo.

Cuando el año 1872 se procedió a la venta pública del estudio de Regnault y de todas las obras que había en él, fué adquirida *Salomé* en 4.000 francos por madame Cassin.

Cuarenta años después el lienzo de Regnault formaba parte de la colección Cargano y fué vendida en una famosa subasta de la sala Drouot.

Los principales pujadores fueron Mr. Leprieur, de la Sociedad de Amigos del Louvre, que comenzó ofreciendo 100.000 francos, y Mister Knoedler, que se quedó con el cuadro por 480.000 francos. Al llegar a 595.000 francos ofrecidos por otro yanki, competidor de Knoedler, Mr. Leprieur se retiró, considerando una verdadera locura aquella tasación absurda.

No obstante, aún había de ser pagada a más alto precio la *Salomé*.

Recientemente, otro millonario yanki, Jorge Baker, ha dado por ella 525.000 pesetas y la ha regalado al «Metropolitan Museum» de Nueva York.

De este modo, por una competencia un poco snob entre millonarios, un cuadro que el año 1872 fué adquirido en el razonable precio de 4.000 francos, ha llegado a valer más de medio millón.

Y esto ha ocurrido precisamente cuando en los Estados Unidos también se tuvo que retrasar más de tres meses la inauguración de una exposición de arte español organizada oficialmente por el Estado, a causa de que se le debían treinta mil pesetas al contratista ó maestro de obras del palacio de España en Panamá.

## La melancólica boda

La guerra, que tantos hogares ha deshecho, ha servido también para crear otros nuevos. Miles de mujeres visten ahora en Europa los lutos de la viudez, y centenares, acaso miles también, de otras mujeres europeas se engalanan con las nupciales blancuras.

Casi todas estas bodas recientes se proyectan en las salas claras y amplias de los hospitales de sangre. A las cabeceras de los enfermos y de los heridos, junto a las damas y enfermeras de la Cruz Roja, el amor vela.

Poco a poco van los heroicos guerreros tornando a la salud y a la vida. De sus días dolorosos y trágicos conservan el grato recuerdo de unas manos blancas y pulidas que florecían sobre sus llagas, secaban el febril sudor de sus frentes é inclinaban sobre los rostros empalidecidos y demacrados unas pupilas compasivas y unos rizos dorados...

Luego, en las tardes lentas y lánguidas de las convalecencias, estas mismas mujeres sostenían del brazo a los hombres débiles, les mostraban, como a niños indefensos, los pequeños obstáculos del camino, y les mullían las almohadas al sentarles en los sillones de mimbre... Ellas mismas les leían telegramas de victorias y de conquistas ó novelas románticas de los tiempos pretéritos en que todo era paz sobre la tierra.

E insensiblemente, las charlas eran más íntimas, las miradas más profundas y las manos de él y de ella tardaban más en separarse.

Hasta que un día feliz, de una felicidad algo



Detalle pintoresco de la boda de un inválido de la guerra en Chelmsfords. Los novios al salir de la iglesia

FOT. TRAMPUS

triste, salen ambos del hospital de sangre para dirigirse a la iglesia.

Tal ha sido el caso del cabo C. Lewis y de la señorita Stevens, que han contraído matrimonio en la iglesia de Chelmsfords.

El novio de Chelmsfords es un *anzac*, uno de los australianos que desembarcaron victoriosos el año anterior en Anzac (Dardanelos), y estaba herido en una pierna. Todavía hubo de ir con muletas a la iglesia y su Corte de Honor la formaron heridos y enfermeras.

Una gran melancolía causan estas bodas, a pesar del momentáneo regocijo que cubre de flores y de confetti a los nuevos esposos...

Se piensa en el hombre inútil ya para la vida que funda su hogar en condiciones desventajosas; en la mujer que habrá de prolongar ya para siempre su actitud de enfermera y defensora.

Imaginad las bodas de los ciegos, de los cojos, de los mancos, de los aquejados de dolencias incurables. El amor trae a las mujeres fuertes, sanas y bellas estos tristes polichinelas que la misma guerra rechaza...

No obstante, las bodas del inválido no son tan tristes como las del hombre útil otra vez para tornar a las trincheras.

Porque también se celebran matrimonios entre el herido ya curado ó el enfermo ya sano y la dama de la Cruz Roja que veló sus sueños trágicos. Y el día de tornaboda el recién casado vuelve a vestir el uniforme y a empuñar el fusil y a lanzarse a las rutas peligrosas donde el jinete brutal de Franz Von Stuck sigue pasando sobre millones de hombres desnudos que la agnía convulsiona entre la sangre cálida y la putrefacción asfixiante. Hasta que una bala traidora, certeramente disparada ó dirigida en su trágica trayectoria por un azar funesto, hiera otra vez el cuerpo del recién casado y le obligue al retorno, camino del hospital. Allí, en la sala amplia y clara, desde donde le ha seguido en su ausencia la mujer elegida, le esperan unas manos que han de curarle la carne dolorida, con el doble deber que imponen la piedad y el amor.

José FRANCÉS



"Salomé", cuadro de Henry Regnault, que ha sido comprado a la casa Riocher, de Nueva York, por Mr. Jorge Baker en 525.000 francos y regalado al "Metropolitan Museum" de Nueva York